

.C.o.n.t.e.n.i.d.o.

Poesía

- 4** CALIDUS FORNIUS
Ramón Cuéllar Márquez
(1ª mención, Concurso XXIV)
- 9** SON LAS MANOS LA MEMORIA
Leonardo Cruz Parceró
(2ª mención, Concurso XXIV)
- 13** CUERPO A DISTANCIA
(Fragmentos)
Gerardo Israel Escalante Mendoza
(3ª mención, Concurso XXIV)
- XI Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores*
- 19** POEMAS
Georgina Franco
- 21** POEMAS
Gonzalo Vélez
- 23** POEMA
Morelos Torres
- 25** POEMAS
Blanca Estela Domínguez Sosa
(Premio, IV Concurso Universitario de Poesía, 1991)

Cuento

- 28** ITINERARIO CON VARIACIONES
Luis Francisco Trujillo Espinosa
(1ª mención, Concurso XXIV)
- 34** NUNCA SE SABRÁ NADA
Agustín Cadena, Irene Fenoglio,
Rodrigo Mier, Noemí Novell
(2ª mención, Concurso XXIV)

XI Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores

- 39** EL SOÑADOR DERROTADO
Jabelh Castañeda Camey
- 41** EL OTOÑO NO TIENE QUE SER ROJO
Tomás Granados Salinas
- 45** SIN PALABRAS
Juan José De Giovanninni

Fragmento de novela

- 48** A DOBLE LLAVE
Eduardo Rojas Rebolledo
(1ª mención, Concurso XXIV)
- 56** LUNA QUE SE QUIEBRA
Eduardo Villegas Guevara
(2ª mención, Concurso XXIV)

Viñeta

Alberto Calzada
(1ª mención, Concurso XXIV)
Humberto B. Faria Basurto
(2ª mención, Concurso XXIV)
Armando Eguiza
(3ª mención, Concurso XXIV)

Fotografía

Benjamín López Alcántara
(1ª mención, Concurso XXIV)
Joel Isaac Martínez Becerril
(2ª mención, Concurso XXIV)
Portada
Viñetas de Alberto Calzada



Advertencia

En este número publicamos las menciones del XXIV Concurso de la revista *Punto de Partida* correspondiente a 1991 y una muestra del XI Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores celebrado en la Ciudad de Tlaxcala del 18 al 21 de julio del año en curso.

JURADO DEL XXIV CONCURSO

CARICATURA

EKO

CUENTO

Andrés González
Pagés
Orlando Ortíz

ENSAYO

María Enriqueta
González Padilla

FOTOGRAFÍA

Andrea Di Castro

VIÑETA

Zalathiel Vargas
Françoise Bagof

FRAGMENTO DE NOVELA

Humberto
Guzmán
Marco Aurelio
Carballo

POESÍA

Manuel Núñez
Nava
Miriam Moscona

TEATRO

Raúl Zermeño
Jennie Ostrosky

TRADUCCIÓN

Eva Cruz Yáñez



PUNTO DE PARTIDA

La revista de los estudiantes universitarios
Cuarta época. Número 99. nov. / dic. 1991.

Director:

Hernán Lara Zavala

Editor:

Joaquín-Armando Chacón

Jefa de Redacción:

Laura González Durán

Redacción:

*Ana Cecilia Lazcano,
María Guadalupe Noriega
Elío y Teresa Solís*

Consejo Editorial:

*José Ramón Enríquez,
Elva Macías, Gonzalo
Celorio, Mariela Cuervo,
Esther Seligson*

Secretaria:

Luz María Vallejo García

Diseño original:

*Otilia Calderón, Miguel
Ángel Díaz, José Luis
Molina y Vicente
Encarnación*

Diagramación y formación:

Mercedes Bulit

Tipografía:

Literal, S. de R.L. MI.

Impresión:

*Cuadratín y medio. Vértiz
931-A, México, D.F.*

Punto de Partida es una publicación bimestral de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM. Dirigir correspondencia y colaboraciones a: Revista *Punto de Partida*. Centro Cultural Universitario, oficinas administrativas, circuito exterior, edificio C, 3er. piso, Insurgentes Sur 3 000, Delegación Coyoacán, 04510, México, D.F. Teléfonos: 622 62 40. 622 62 41 y 665 04 19. ISSN 0188-381X. Certificado de Licitud de Título núm. 5851. Certificado de Licitud de Contenido núm. 4524.

Viñeta
Primera mención
Alberto Calzada



AC
91



Poesía

Primera mención (Concurso XXIV, 1991)

CALIDUS FORNIUS

Ramón Cuéllar Márquez *

El calor pegajoso de las olas encabrita
a las gaviotas y a los pelícanos,
el recuerdo de un mar golfo solitario desprendiéndose
de los peces,
de los montones de algas;
hacemos una ceremonia evocando a Calafia,
absorbemos coronas de espinas.

Me escapo
con el eterno sopor de las ballenas
que mueren juntando conchas en su abdomen
—obténgan la grasa.

Me detengo: los cangrejos han soltado
Las amarras azules que ataban
a las garzas,
han desvanecido una catarata.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Pero el espeso trotar del tiempo
 recula hasta los cardos,
 hasta la incipiente marea mogotina.

—Cortés, desaloja los siglos que te has quedado.

Del otro camino
 desando y desaviso a los árboles:
 sus raíces inmóviles
 nacen
 con el rito infatigable
 de semillas prohibidas.

Tengo una isla distanciada
 allá por la nube más lejana,
 donde respingan las gotas
 de ausencia
 y sequedad.

Esa península me empuja
 hacia la suavidad, h
 a
 c
 i
 a
 la copa que me embriaga de balandra.
 La brisa penetra por mis poros
 y las venas se me hinchan.

Mi mano anuncia el sol: mi dedo lo tapa;
 estamos dispuestos a convertirnos en pan,
 el encierro del horno,
 cúpula california,
 nos conocemos por dentro llenos de pitahayas,
 nos curtimos
 la cara, nos cortamos en cactus.

—Cortés, tu sangre se ha secado
 junto con
 las perlas.

El mar te estrangula California,
acompaña tus delirios de tierra milenaria,
eres el sórdido sermón de los jesuitas
que entablaron la promesa
de hacer flores con arena.

Por supuesto que la costa rodea al sol:
ambos se ambicionan prometeicos.

El venado es una línea del viento
—lo sabías—,
un dibujo de la sierra gigante.
—Una gruta pequeño San Francisco.

—Cortés, sufrimos la terquedad
del verso más local.

Ni siquiera las caguamas
empantanan
su espalda con desierto:
viven hilvanando retazos de agua.

Y el mar me aflora otra vez
en la fuente que guardo, un c
a
l
o
recto
anidando en mi lengua...

Éramos de oro sofocante,
con una estatua de choya como altar
—Haz tu conjuro.

*Los barcos encontraron el fin
del mundo.*

—Cortés, ¿por qué no quemaste tus naves antes?
Los barcos encontraron cuerpos
de lluvia primitiva,
con el mar

untado en sus hogueras
frías.

Ya no tengo la bóveda celeste
aplastada bajo mis pies:
ha vuelto a su lugar.

Calafia ha vuelto
a su cueva de sudor:
es de oro sofocante.



AC
91

AC
91



II (EN VARIAS IMÁGENES)

Los eucaliptos reposan sus grandes troncos
los costados abiertos de sus troncos
y recuerdan
que una tibia corteza les cubrió los hombros
alguna tarde

•

Allá lejos
alguien silba en los labios de las hojas

•

Cae una leve llovizna sobre la tierra
En ella dejo mis dedos desnudos
en el húmedo calor que sube de la tierra

•

Camino a su lado
Los dedos delgados del viento que pasa entre sus ramas
dejan caer
un aroma húmedo
de cabello recién lavado

•

Sitiados los silencios
estiran una mano para quitarle a la risa del viento
el aleteo de una golondrina

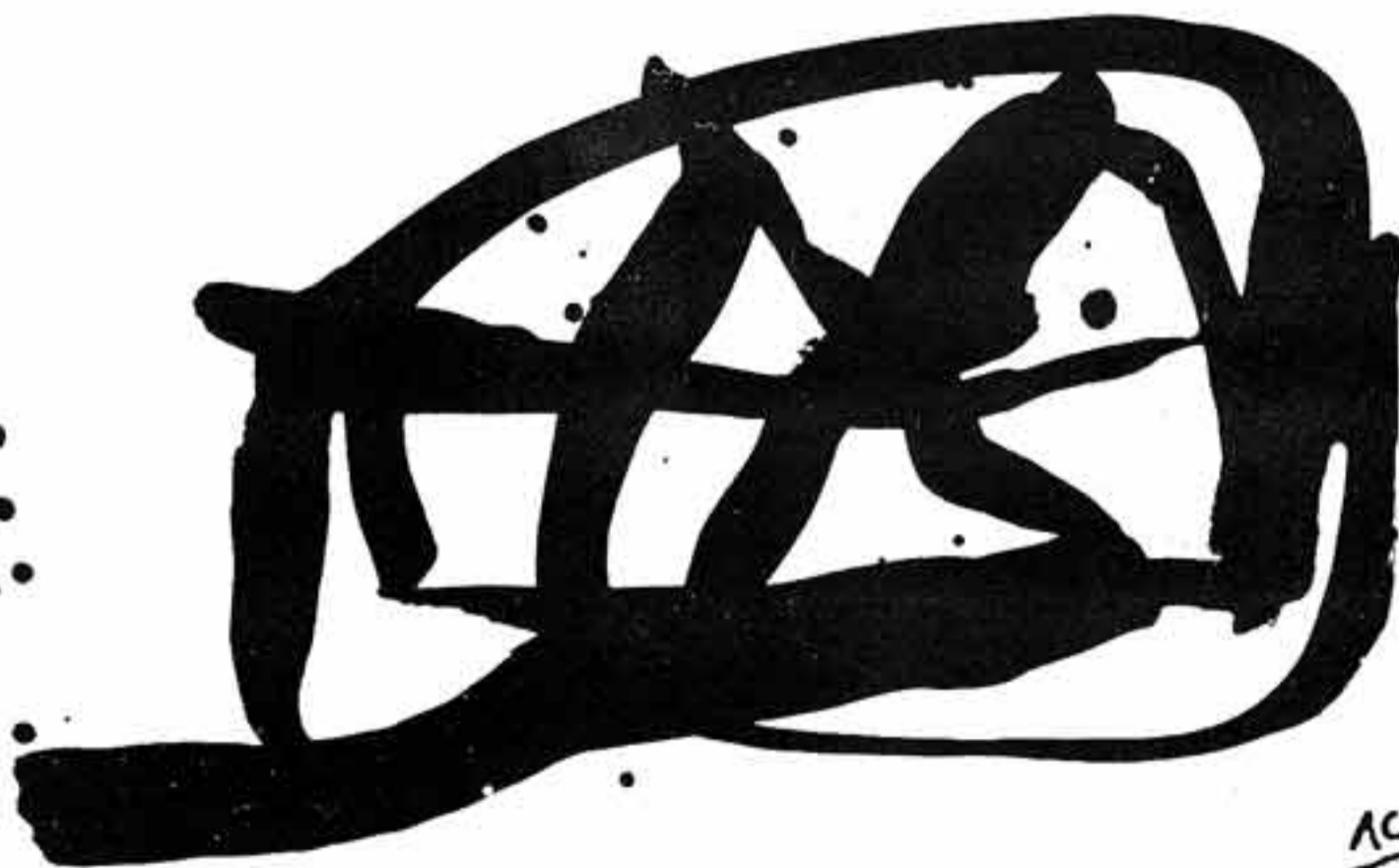
•

Tiembla el aire como una lámina desnuda
en esta hora en que las formas se permiten mutuas caricias
y sus brazos y cuellos
y espaldas y labios se confunden
ante la ausencia del polizone de la luz

He visto huir a la tarde
con una herida luminosa entre las piernas

III

El tenso paladar.
La tarde y su lengua última de luz
entre las gimnastas antenas,
que se alzan sobre los techos
como ancladas aves anémicas.
La memoria que te esconde entre párpados de frío,
abiertos apenas por el resorte de una palabra
y su bocanada de cristales erizados.
La tarde.
Líquidos caracoles se adhieren en las angostas venas.



AC

DOS PROSAS DE SILENCIO

I

Comenzaremos por abrimos las yemas de los dedos; les pondremos uvas en la boca del otro para que pueda mordisquearlas casi sin fuerza. Mientras, el otro, con sólo su mano ha de dibujarnos los peces que nos suban por el cuello. En la lengua del otro se irá también formando una cuenca, donde algo silencioso de nuestras uvas o dedos quede, aun cuando el otro halla llevado su mano al primer botón de la camisa. Desataremos también los demás botones. La camisa ya suelta, abierta sólo un poco, dejará escapar aleteos innumerables que han de cruzarse del uno al otro. Nosotros arriba, acodados en el barandal de los labios, escucharemos.

II

A veces quisiera un largo cuchillo para conocerme a fondo; para ver lo que sucede bajo la garganta cuando quiero hablarte y un paraguas que se abre dentro como gato tenso me detiene las palabras.

Tercera mención (Concurso XXIV, 1991)

CUERPO A DISTANCIA

(Fragmentos)

Gerardo Israel Escalante Mendoza *

horizontal y figuras

1

la desviación ha perdido la memoria en un horizontal y formas
en el que una llave abierta gotea un agua de sentido

una paralela desaparece entre la verticalidad del musgo y
cierta deformación de demonios dormidos
—casi a la distorsión de una geometría distante

el agua ha despintado
como de costumbre
el prado:
esferas o voces caen de las figuras más grandes

no es realmente la maqueta de un Coleccionista
sino que en realidad los alfileres que ensartan
son del tacto

y perros de papel son sacudidos por el viento
fuera
dentro del prado y en los márgenes del cuadro

algún demonio dará el toque fotostático a los planos
sin saber que ha sido fotografiado mientras dormía
—los negativos de sus movimientos
manchas son de un animal muerto

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

el Horizontal y Formas se derrite bajo la distorsión solar
de la geometría más grande

—la horizontalidad correspondiente al duro y
claro 9H cubierta fue de demonios durmiendo
que en su efervescencia de trazo oculto
refrescan su dura piel sobre la suavidad de los que abortan—

y no todo sería barroco en la oscuridad de la caída:
todo pequeño demonio tiene la sombra bajo sus pies pegada:
algún día la primer mujer debió andar en cierta memoria
inédita con la desnuda calma de un demonio solo

2

a determinado pequeño demonio le cayó una manzana encima

la manzana con magulladuras de lo inocente
se ha de pudrir en la exigente ordenanza de la pintura:
el pequeño demonio solo
tiene la resistencia de una pisada
y nunca está en el cuadro cuando se le menciona

(tiene sed —por antonomasia— de esa agua roja y
dura de la llave que está abierta:
el agua tiene el sabor de la parte superior o
inferior del cuadro)
y es tal vez una pretendida fruta de arbusto

la manzana podrida es ya la mancha de un demonio muerto
en la intensidad del prado

—el pequeño demonio esperaría resucitar en la manzana
pero no hay transmigración silvestre (y no existe una tendencia
formal de los perros por las manzanas)

ni vuelo de walpurgui en geometría:
el demonio muere clavado en la manzana

morir aplastado por un fruto deja en los prados
el aroma de una vieja tienda de abarrotes
la mirada inconsciente de un carbonero
el olor del anciano que atiende una petrolería escondida

pero aquello deja más veces y a veces el demonio no muere asfixiado en
la manzana y hay una convulsión de doctores y pacientes

a punto
pero no
no de manos en un árbol

yo tampoco sé de la memoria

de la pintura



AC
91

CONTRAINSTANTÁNEAS

*el cadáver del viento
cuelga
de las ramas del árbol*

de Cuerpo disperso, Francisco Hernández

a Francisco Hernández

yo no considero
y
un grano de café se dosifica en mi lengua
aunque no quiera

la oscuridad sólo es el color negro
dado a la soledad
oprimido entre los dedos

y el viento es sólo una sangre helada y fina
que se abre paso en los labios

la lluvia no escupe
—bueno, no fue su intención la de matar

tus senos brevísimos
—digamos que nunca acaban

la flor que yo veo desaparece cuando la fumo

yo sacio mi sed masticando un gran vidrio
y una sangre oscura me deshabita

cuarenta y cinco
no es esa página es la que sigue

tu cuerpo no es una mano vacía:
tu cuerpo apenas para un dedo

la respuesta del Daguerrotipo no la voy a decir:
yo también emigro



3

niños pelones
burros
un maestro
 (y barbitas)
de pinturas
y niñas de la sierra:
 —mno días;
 —mno días;

perros inéditos
ojos de vidrio
 gentes con suaves pies de pulque

han recurrido a la mirada
y andan
 —mi sonrisa de aguacero
como si todos mis dientes
se hubieran caído en un momento.

5

posada
molotes
itacates
ponches
niñas con cara redonda
 y cera morena
 y nariz de fraile
por diez mil pesos no entraron al baile
Munícipe tiene cara de peregrinaje.

6

nada permanece en esta mínima geografía
de bugambilias
donde decir navidad
es distanciarse en alguna luciérnaga
o provocar la espectación terrestre de los gatos
con la sensación vertebral de los tejados

—es este el círculo rústico de la noche en turno:

alguien asoma al relato
como el rostro de un niño grabado en una gota de agua
preguntando por la costumbre de los grillos
que se encienden en la lluvia:
una sombra disecada
es una rama salpicada por mi espanto

todo es ya un retirarse al punto:
hay una sonrisa animal que se contiene.



*XI Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores **

Georgina Franco

Señor
Permítame decirle cuánto le amo:

le amo como el domador
a sus leones.
Como el hemisferio
a sus mares.
Como las estrellas
al cielo.

Le amo cada vez que se amontona
el amor en la puerta
y a puros golpes
quiere abrirla
sabiendo que basta
con un toque de tinieblas.

Tómame con leche y café
o con un poco de pan,
si quieres.

* Ciudad de Tlaxcala, 18 al 21 de julio de 1991.

Dale vuelta al café
sumergiendo una cuchara,
forma con ella
cientos de estelas.

Olvídate del pan,
tómame como quieras.
En frío o caliente,
si lo deseas.



MELANCOLÍA POSTCOITUM

Gonzalo Vélez

ya no están erectos los ímpetus del lecho
en lo más animal de la medianoche
los antros y los bares han cerrado ya sus piernas
un abrazo como cinturón de castidad
donde dos cuerpos se masturban
el pensamiento fijo en la última verruga del techo
esperando que seque la saliva junto a la oreja
ebriedades de jugos
mareos salicílicos
esta náusea
según el olor la garganta de los hechos tiene cuatro dedos de ancho
una pared de látex nos separa a ella y al deseo
eyacula precoz la palabra
otro amanecer de olvidé tu nombre
perdí debajo de la cama el tono de voz adecuado para decir
lárgate ya
me visto: me desanudo
sonrisas absurdas flotan en el aire con un traje de desgano
y la lección de la mañana es el azúcar del café negro

PARED

lo que designa el muro
es cuestión del muro
y no del arquitecto
que afiló los ladrillos
y les selló los labios
con cemento.
lo que designa el muro
es lo que no se puede decir
del muro
porque dejaría de ser

sino éter
o tierra para futuros ladrillos.
necesito una palabra
que atravesase la pared:
nombres que sobrevuelen
la estatura del muro:
invento muros
con cada palabra
que apilo.
tomo mi pared
y la recargo contra el horizonte
y así la pared
es el piso
y me pongo a mirar ese piso
que mis pies no pisan
cuando descanso la frente
en el antebrazo de mi nada.
queda de pie
un espejo de pino
que no arde:
una especie de televisor:
lo que hay es un reloj
que da la hora
que le da la gana.
estas paredes
van desnudas:
es bien sabido
que los espejos se alimentan
de gente.
cada yo es un muro
cada yo está separado
por un muro:
hay enigmas muros:
mudos muros:
hay enigmas de bronce
como el busto del prócer
en el patio de la espera.



LA COMETA

Morelos Torres

A Yael, sin más

En el cielo de tus ojos he perdido
a mi pobre cometa prisionera.
Ahora escribo ciego, luminoso
como tragado por un río de fuego.

En algún camino abandonado
puedo ahora cantar, decirlo todo
sin miedo al calor,
a la verdad,
al alba.

No hay nube aquí
sólo hay espejos.

Soy tu nombre vuelto vetas de agua y piedras
soy tus manos, cálidas embriagadoras
y tu frente, suave y mágico obelisco
levantado a la memoria de la música
a pesar de los poetas,
para los madrugadores.

Sirena de mar abierto
mírame, soy cantor ciego
en busca de tierra inerte
para regarla con vida.

Solicito un árbol de aire,
allí la historia es un fruto imaginario,
allí la raíz no destroza,
allí descansaré.

Cáliz donde sangra el vino
y se hace río la sangre,
qué lejos, y cuánto tiempo
para saber que los cielos
de tus ojos

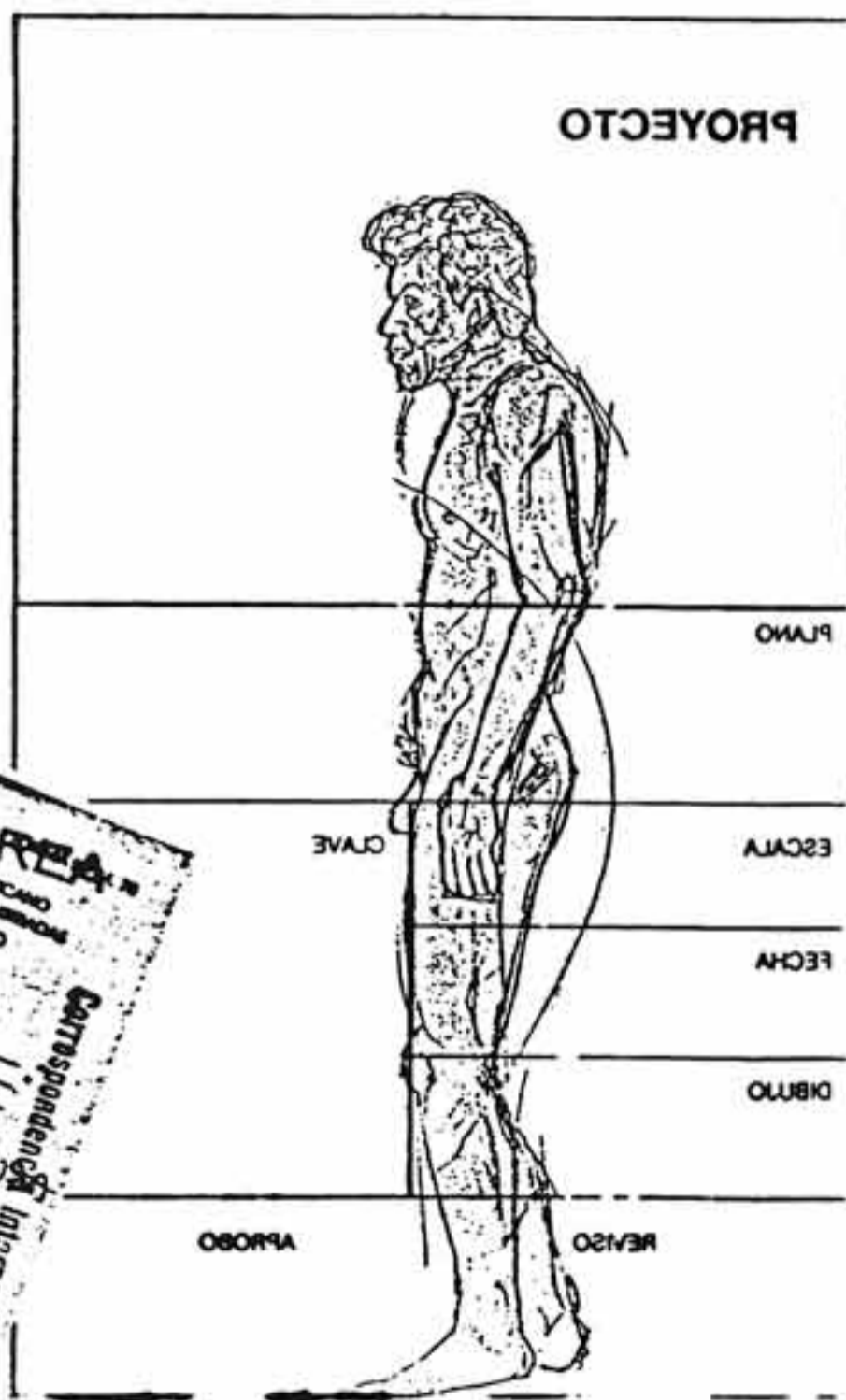
Poesía

se llevaron mi cometa blanca y roja,
sur y rombo vertical.

Es de noche.

Ahora escribo
con pájaros minerales,
con bosques todos en llamas,
aterido.

Mi cometa, allá a lo lejos
tiembla, lo sé, como un mundo
como tu piel germinal.



Blanca Estela Domínguez Sosa*

Negocio placeres eruditos
con el tigre de medianoche.
El sentir que me revela es tenebroso
pero puntual y habitado por la dicha,
¿he de acudir a la cita barroca?
¿o quedarme con mi presencia tímida?
Él es un dios vengativo
que se viste con sudarios
y que expía viejas pasiones.
Yo lo sé pero arranco el perdón
del martirio que me agobia.

Dulce amante de burocrática sonrisa,
bronceado de focos a media luz
y de resol en la ventana.
Boca que busca besar
abriéndose y cerrándose en un golpe de ala.
Estremecido de dientes y de rabia,
el beso prohibido,
inevitable metáfora de un amor frustrado.
Deseo hirviente trasciende la ciudad

* Premio, IV Concurso Universitario de Poesía, 1991.

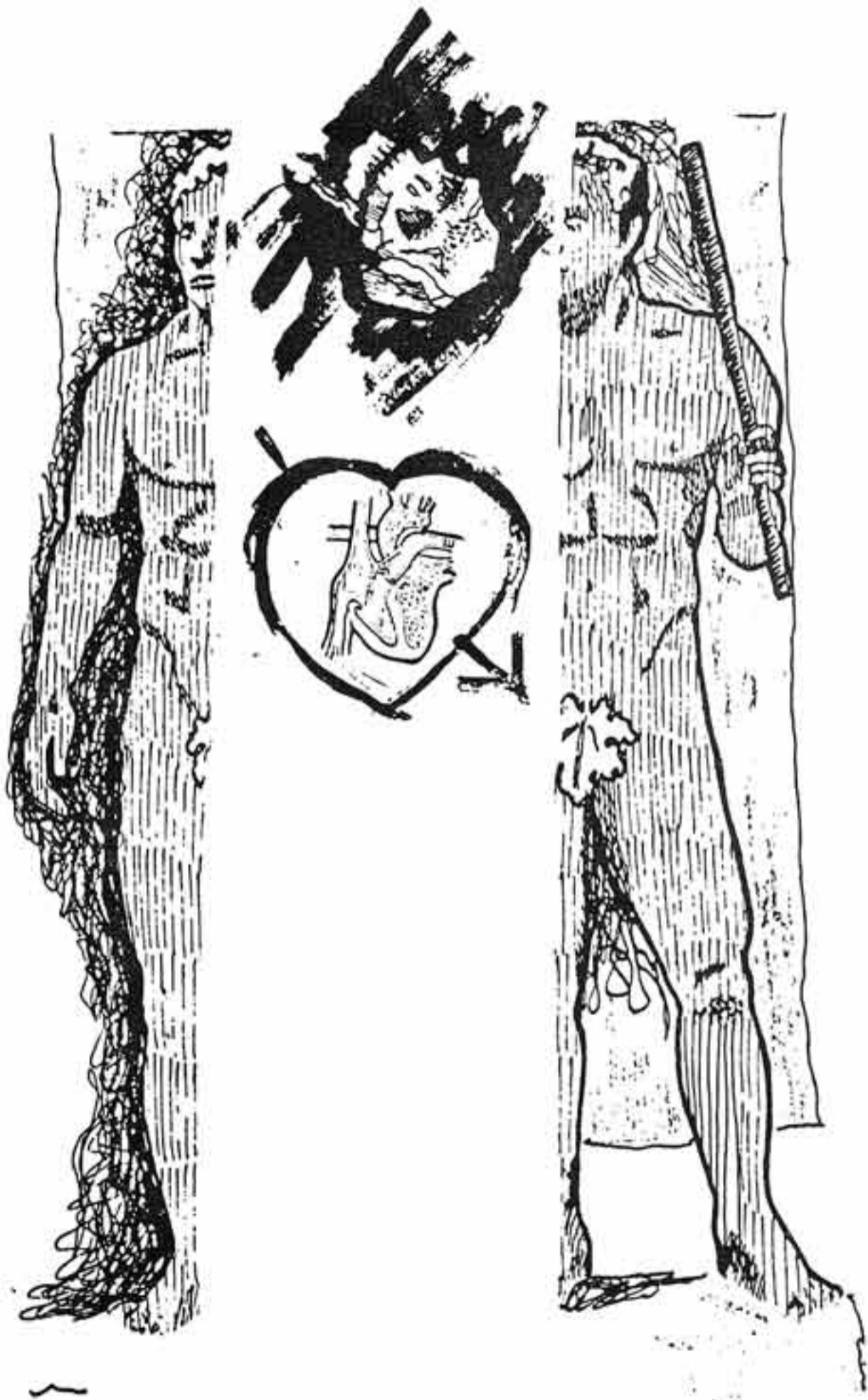
y sus cantinas y sus borrachos;
que rezan por la pareja imposible,
por lo que no puede ser,
que nunca ha sido,
que no será.
Pero la película ya se exhibe en la memoria,
los técnicos y la tramoya hacen curva estética
para captar la imagen binaria
que afila los colmillos y vacía su pasión.
Los cuerpos pierden forma
para hacerse otro en el puerto de la vida.
Desnudos empeñan sus recuerdos por instinto,
nuevas palabras tranquilizadoras
habrán de darles identidad.
Imposible prever a qué hora
sucede este fenómeno
en las cada vez más hipnóticas horas de oficina.



Viñeta

Segunda mención

Humberto B. Faria Basurto





Cuento

Primera mención (Concurso XXIV, 1991)

ITINERARIO CON VARIACIONES

Luis Francisco Trujillo Espinosa *

Con el ritmo de la naturaleza, que funde el día y la noche en largos crepúsculos, que de la punta de sus dedos va soltando uno a uno los pétalos de las flores cuando se marchitan, o apila con parsimonia las nubes de tormenta, así, lentamente, sucedió todo... el primer paso, ése que por lo común no se percibe, ése que comúnmente se confunde con las experiencias cotidianas, ocurrió sin anuncios un día cualquiera por la mañana.

A las siete catorce, justamente dos minutos más tarde que todos los días, José Antonio Plancarte giró sobre su espalda, acostado en la cama aún dormido: éste era el movimiento inicial del rito matutino. Estiró luego el brazo izquierdo para rodear el cuerpo de su esposa, pero ella había abandonado el lecho hacia precisamente cuatro minutos, siete antes de lo común, y en ese momento estaba lavándose los dientes, es decir, realizando ya la quinta etapa del rito.

Dentro del sueño algo sucedió: se estrelló un espejo contra las rocas de un río, o un papalote de

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

frágil papel de china quedó atrapado en las ramas altas de un árbol, o una parvada de gansos echó a volar asustada; el caso fue que la mano de José Antonio hurgó por la extensión aún tibia de las sábanas y nada supo de Cristina; retornó torpemente hasta el buró, tomó el reloj y lo puso frente a los ojos. Él pensó: "es muy temprano"; luego gritó con voz ronca: ¡Cristina!, y un sonido gutural —con cepillo de dientes dentro de la boca— confirmó desde el baño la presencia de la mujer. "Alguien está a destiempo", concluyó, y volvió a cerrar los ojos y relajar el cuerpo dentro del abrazo blando de la cama, como si nada hubiera sucedido.

Más tarde siguieron casi normalmente todos los pasos del rito: el baño, la pequeña riña por encontrar la ropa o el desodorante, luego el desayuno, la despedida, el beso... no sin chocar en rutas que a diario se realizaban limpiamente, o tropezar con objetos o palabras fuera de lugar. Algo sucedía esa mañana —"sin duda", se dijo cada uno en sus adentros— que en seis años de matrimonio no se había presentado; pero por lo mismo, por la propia extrañeza del asunto, pronto habría de corregirse —pensaron sin decirlo— y se olvidaría. Él salió al trabajo, como diario lo hacía, y ella de compras, para retornar a casa dos horas diecisiete minutos más tarde, igual que siempre.

Las cosas ya no se corrigieron, o no regresaron, por lo menos, a su orden anterior. Lo que esa mañana se había iniciado con sorpresas pronto alargó sus pasos y los hizo más firmes, de una manera incontenible, como se seca un árbol, o en el mar una ola comienza a formarse.

Primero fueron cosas simples: los

gustos por los programas de televisión dejaron de coincidir y las horas de la comida se alteraron; cuando ella había apenas terminado el desayuno, por ejemplo, él ya estaba pensando en la comida o en el desayuno del día siguiente o en el fin de semana. Las camisas que habían sido colgadas limpias en el ropero aparecían sin un botón o con manchas inesperadas, como si hubieran sido utilizadas sin cuidado y luego vueltas a colgar.

El primer embarazo de Cristina se debió a uno de esos equívocos mínimos en el tiempo, ocurrió en la época en que la separación de los ritmos personales se hizo más evidente; cuando él llegaba a tiempo a casa los viernes y ella se enojaba porque ya era de madrugada; la época en que ella quería salir a bailar o al cine como antes por las noches y él tenía mucho que hacer en la oficina o estaba demasiado cansado.

Los hijos llegaron a alegrar un poco la situación, o por lo menos a dispersarla, a hacerla menos tensa: hubo que comprar ropita, y comida, y juguetes. Aparecieron primero muñequitos y pelotas, luego caballitos de madera y armas de plástico, después triciclos, balones de juego, bicicletas... ella siempre insistía en que los juguetes que él compraba eran para niños más grandes, y que Raúl y Jorge eran apenas unos bebés; él no comprendía y le hacía ver a Cristina cómo los niños ya sabían caminar y vestirse, y hablaban bastante bien el castellano. Ella no veía tales cosas; "este hombre no tiene conciencia", se decía, y por las noches arrojaba a las criaturas y les llevaba lechita caliente a la cama.

Él tuvo que trabajar más duro para mantener decorosamente a la familia

y ello obligó a que su ritmo se alejara cada vez más del de Cristina; hubo ocasiones, incluso, en que José Antonio estaba despertando cuando ella iba apenas a dormirse. Sus mundos, así, fueron adquiriendo mayor independencia. Aunque las obligaciones eran las mismas para ambos, tenían para cada uno un significado en extremo distinto.

Cuando Raúl, el menor de los hijos, alarmó a su madre con la noticia de que "ya tenía novia", José Antonio opinó que estaba bien, que ya era tiempo de eso y que, incluso, los muchachos se habían tardado; añadió que a Jorge le correspondía ser el primero pero ¡bueno!, que siempre había sido de carácter tímido y, sinceramente, un poco lento para todo.

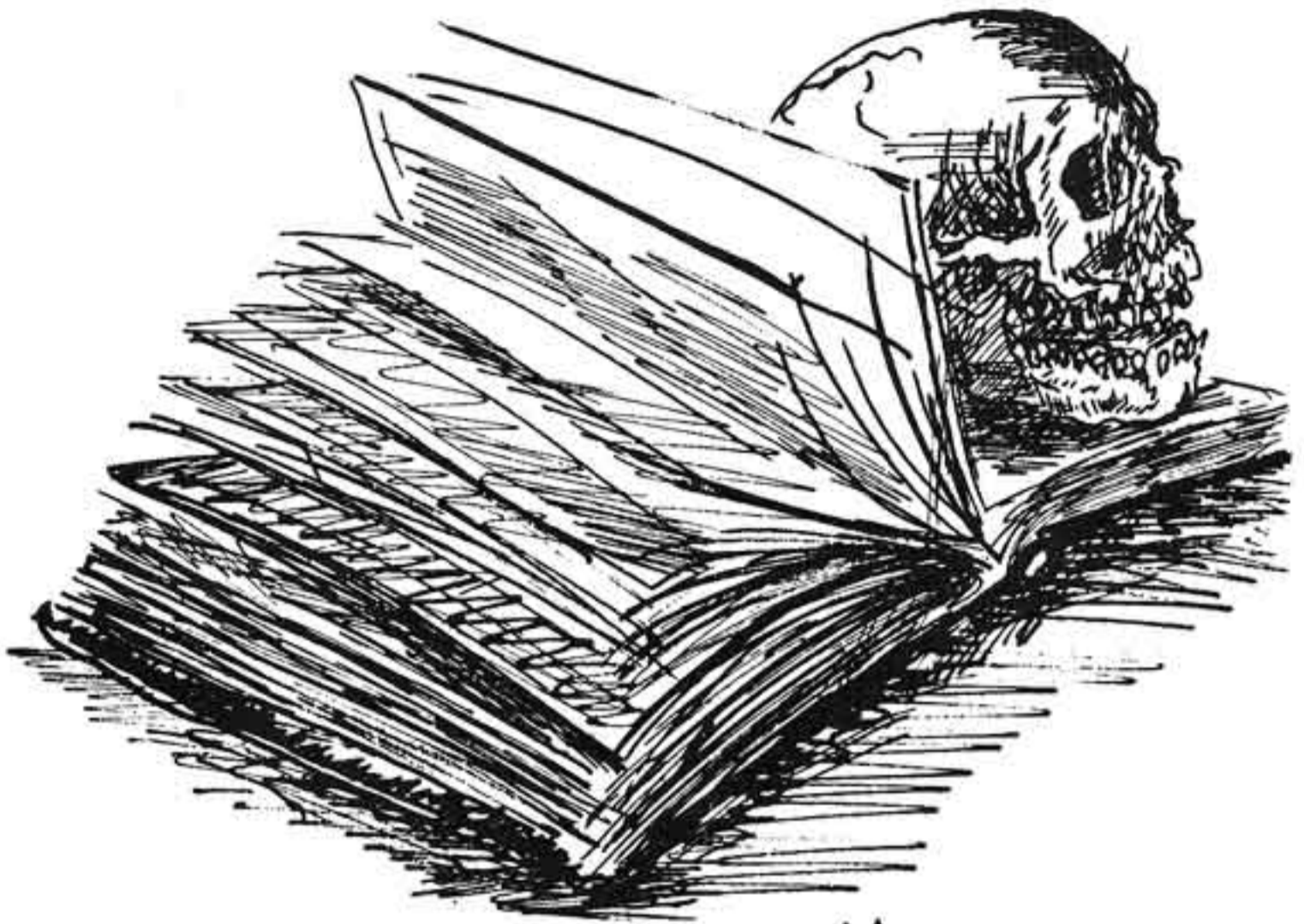
Pasó el tiempo, llegaron mediodías en que él no sabía nada de su mujer, y era que Cristina había salido con sus amigas a cenar. Hubo desacuerdos con respecto al día que debían de marcar las hojas del calendario, si quince o diecisiete, si martes o sábado, si trece o veintidós, si mayo o julio...

Se encontraban cada vez menos, aunque compartían la casa y el lecho, y las noticias que llegaban a comentar en esas fugaces ocasiones muchas veces no coincidían o llegaban incluso a ser contradictorias. Así, él se enteró por ella de que Jorge ya se rasuraba, mientras sabía que desde hacía tiempo se dejaba la barba; por su parte, José Antonio comentó que ya deberían utilizar para algo la habitación de Raúl, pues desde que el muchacho se había marchado de la casa ya nadie la ocupaba; Cristina no supo qué responder, pues ella misma daba las buenas noches a cada uno de sus hijos en su respectiva habitación.

Las distancias en el tiempo eran ya ciertamente evidentes, pero para evitar malos entendidos —de lo que ya estaban para entonces hartos— ambos esposos permanecían en silencio, dando a entender que las cosas eran en realidad como el otro las veía. Todo esto fue permitiendo que ambos mundos se alejaran más y más, como si el músculo que los unía se hubiera tornado débil y flácido con la edad, incapaz de ofrecer resistencia al efecto de los años y el tedio. Cada uno fue construyendo su universo como mejor le convenía, contando al otro como un simple supuesto, como algo dado, ni bueno ni malo, simplemente presente en algún lugar de la cocina o de los fines de semana. De esta manera comenzaron a aparecer en el mundo de ella las largas charlas por teléfono con amigas anónimas, el interés creciente por las cremas, por las revistas femeninas, las dietas y los colores para teñir el cabello, comenzó a pesar la obsesión por el destino de los hijos, por sus malos hábitos, por las mujeres que elegirían para casarse. En el horizonte de él se asomaron el mar tranquilo del vino, los juegos de fútbol por la tele y las reuniones con los cuates para jugar al dominó.

Ninguno sintió gran cambio, por lo tanto, cuando dejaron de verse; la comida estaba dentro del refrigerador cuando él la buscaba, si no era así entonces se preparaba algo; el dinero del gasto aparecía puntualmente en el cajón de la cómoda. Se comunicaban por recados escritos en trocitos de papel que dejaban a un lado del teléfono, en donde uno y otro puntualizaban lo que había que hacerse; en ocasiones él encontraba notas de hacía hasta seis meses, y ella con fecha de dos años adelante. Poco volvieron a verse y a

Viñeta
Tercera mención
Armando Eguiza



compartir en efecto un mismo tema de conversación; normalmente, cuando se daba el caso, ella hablaba de sus temores o sus fortunas y él le respondía con datos de la Bolsa de Valores o recomendaciones de su doctor.

Una sola vez volvieron a encontrarse en lo que se puede considerar un islote en el flujo de su tiempo: ella llegó al teléfono y encontró junto al aparato una nota tachonada nerviosamente. Lo leyó, decía: "se murió Raúl". Intentó volver a leerla pero no tenía ya nada entre las manos, se dio cuenta de que había sido el propio José Antonio quien pronunció esas palabras, que fue de su boca de donde había salido reptando aquella imagen monstruosa. Su esposo estaba ahí, pues, a su lado, compartiendo el mismo momento. Le pareció de pronto avejentado, con mucho menos cabello y además, tal vez por efecto del tono oscuro del traje, de un aspecto lívido, como el color de las piedras viejas. Él, por su parte, reparó en el vientre inflado de su mujer y en la flacidez evidente de sus carnes. A un lado del cadáver, en la habitación inmaculada del hospital, los dos se quedaron viendo a los ojos como desde orillas opuestas de un mismo mar, con la extrañeza con que se miran dos animales de especies distintas y el dolor que produce la muerte cuando nos cae a un lado.

Fue aquélla la última ocasión en que se encontraron, después de ese choque sus vidas, como dos bolas de billar, siguieron rutas distintas y, aunque compartían las cucharas y los muebles y la habitación, no volvieron a unirse. Ella comenzó a tejer con agujas y estambre, y aprendió a cocinar galletitas que regalaba a sus nietos; trató de cumplir lo que había

deseado en su juventud y se puso a escribir cuentos y poemas. Por las noches, en el tiempo en que la mayor parte de su cabello era ya blanco, soñaba con una casa enorme en cuyo interior encontraba a sus hijos muy niños, y a su esposo, y a sus padres, y a sus amigos de otro tiempo, pero luego algo sucedía y, perseguida por un terror difuso, tenía que salir corriendo a través de pasillos angostos, oscuros, asfixiantes, diminutos o tan amplios que el eco se perdía tratando de encontrar sus paredes; trepaba minúsculos escalones en donde no cabían las puntas de sus pies, o resbaladizos, gigantes, endebles, interminables... al fin, despertaba llorando y suplicándole a su Dios misericordioso que le mandara la dulce muerte.

Una tarde, después de comer, de pronto desfalleció —tal vez se obró el milagro— y la fue cubriendo algo como un sueño infinitamente pesado pero gradual y lento; fue quedándose quieta, mirando los trastos sucios sobre la mesa... José Antonio pasó dos o tres veces junto a ella, casi encimándosele, y ni siquiera supo que ahí se encontraba su esposa, para él no existía, habitaba desde hacía mucho otro tiempo; tomó algo de comida del refrigerador y regresó a la sala para sentarse frente al televisor.

Cristina murió esa misma noche pero él no lo notó: siguió comiendo por mucho tiempo la comida que ella preparaba y no tenía que molestarse siquiera en tender la cama o lavar la ropa, pues el trabajo siempre aparecía hecho, no podía saberse desde cuál de los posibles pasados o futuros, denunciando la mano de su esposa. Vivió en un mundo cada vez menos poblado de cosas y más de ideas, sus articulaciones fueron endureciéndose y su oído

entorpeció. Hubo momentos en que extrañó a su esposa, sobre todo por las tardes, cuando el sol da la espalda a los hombres, pero siempre encontraba consuelo porque en alguna parte daba de pronto con la huella del paso de Cristina: una veladora encendida para el retrato de Raúl, la sala libre de polvo, las plantas regadas. Llegó a pensar que todo aquello se debía a que los dos habitaban el mismo espacio pero estaban inexorablemente separados por un velo que ni las imágenes ni las palabras ni los actos podían sortear. Conforme envejeció, aquel velo fue envolviéndolo hasta no permitir

que su mirada o sus pensamientos se extendieran más allá de lo que podría hacerlo su brazo; perdió el interés por todo, hasta que llegó el momento en que no pudo diferenciar su propio cuerpo de entre los demás objetos, no supo si se encontraba en la vigilia o el sueño, si estaba vivo o finalmente muerto.

Cuando llegó el momento, dentro del ataúd, el cadáver de José Antonio inexplicablemente vestía la camisa y los calcetines que esa misma mañana Cristina le había planchado para que llevara puestos al trabajo.



Segunda mención (Concurso XXIV, 1991)

NUNCA SE SABRÁ NADA

Agustín Cadena, Irene Fenoglio, Rodrigo Mier,
Noemí Novell*

Son seis de derecho y dos de revés; sí, ya me acordé. Con tantos exámenes que calificar y los cursos y las presentaciones de la escuela, no había tenido tiempo. Qué bueno que ya acabé los dos puños, pero como se casa hasta dentro de un mes, tengo tiempo para terminar el cuello. Se va a ver chulo el vestido. Ya la imagino, vestida de blanco y todo. ¡Qué suerte tuvo de encontrarse a éste! Ya era hora, y a ver a mí cuándo me toca, porque casi todas están casadas ya. Pero pronto, pronto... al menos ya estoy comprometida... ay, es revés, revés, me salto este punto y derecho. Mi Gabriel... qué bueno es... y tan romántico... esa mirada dulce del otro día cuando se despidió de mí en el balcón. Pero pobre, en serio cree que es poeta, la verdad es que no se parece en nada a Amado Nervo. Y para ser poeta hay que ser muy ingenioso y tener mucha sensibilidad... para que te lleguen las cosas y el amor, pero la verdad Gabriel... pues no. En fin, no se puede tener todo en un hombre. Ojalá pudiera encontrar la combinación perfecta. Pero no, no es el amor de mi vida. Bueno, al menos tengo la seguridad de que Gabriel es muy trabajador y responsable. De seguro pronto lo van a ascender en la Presidencia. Él es el hombre con el que tengo que hacer mi vida, es formal y en mi casa les gusta. ¡Otra vez...! es derecho, derecho, lo sal-

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

to y revés. Además, es respetuoso. Gracias a Dios, nunca ha intentado nada, porque si no, no sé qué haría. No, no, yo soy una mujer educada y decente, una señorita. Porque luego te quieren engañar y te dejan, y la gente siempre se entera y ya estás tachada para toda la vida; todos te miran feo porque ya saben, ya saben que no vales... y luego te pasa como a esas de la capital. Todo el mundo habla de ellas, y pues cómo no si andan metidas en las cantinas y en esas cosas de hombres. Y aunque sepan que las andan chismoseando, ponen su cara de "no me importa". Bueno, a lo mejor es cierto que no les importa. Ay, pues si es así... pero aquí no se puede. Qué más quisiera uno que irse de aquí, pero está difícil. Y además, aunque yo pudiera, no sé qué haría... y ni siquiera sería con Gabriel... al menos con uno que no estuviera tan feo y tan sin chiste; sí, con uno grandote... como el luchador ése que a veces me encuentro en la fuente de la plaza. Ése sí. Pero no, una mujer decente no puede pensar en estas cosas. Además, yo ya estoy comprometida y él casado... ¡pero qué esposa: esa Carmen que es tan vulgar y fea, y hasta dicen que anda por ahí con todos! Pero bueno, ésa sí es una buena pareja para él, porque aunque él esté, como dicen, sexy, siempre huele mal y anda borracho. En cambio mi Gabriel, todo el tiempo aseado y bien vestido. Y es tan lindo y bueno. Él sí que es para mí, mi Gabriel.



Qué bueno es estar de vuelta. Y a uno que no se le olvida el *Paraíso*. Es como si... Ya, otra vez por aquí. Sólo fue una gira de cuatro días a Guadalajara, hay que enseñarle a esos tapatíos que los de aquí también sabemos... No, me voy a sentar por allá. Gracias, compadre... Se siente bien ver otra vez a los cuates, entrar en el *Paraíso* como si fuera tu casa y... ¡Madres! allá están don Miguel y Gonzalo. Mejor me siento por aquí. No vaya a ser la de malas. Sí, llegué anoche. Nos fue bien. Sólo el Fishman me agarró. Pero ya estamos aquí de regreso y con una pinche sed... Tráime una Corona y un Orendáin. Llegas a tu tierra y ves a los cuates. Uno los conoce y ellos a uno. No, no son de la familia pero pues como si lo fueran. Son de tu pueblo. Es tu gente. Allá en Jalisco... Qué, ¿no tienen frías, Vibora? La sed que tengo y me la trais tibia. No mames. Ponte unas en los hielos pa' que se enfrien y me las guardas pa'l rato. No, déjamela. Así me la tomo. Sí, en Jalisco nadie se conoce. Se siente uno como en el rin todo el tiempo. Hay que luchar en los camiones y en las cantinas y en la calle y en el centro... Nada más que allá sí ganan bien. Los luchadores son luchadores y ya. Y les va re bien. Aquí no, aquí está más dura la cosa. Pus como yo que ando manejando el camión y que el pugilato y que no alcanza y que la familia y aí apenitas. Sí, allá es más fácil. Aquí hay que agarrar todo lo que se pueda: que aquí una chambita y que otra por acá y que pues éntrale. O qué ¿se muere uno de hambre? Y luego a uno ni tiempo para preparar-

se. Hay que madrugar y luego hay que desvelarse y ni así le da a uno tiempo. Pero con todo y todo, uno le enseña a esos jalisquillos que uno también puede y que no anden diciendo que los de aquí no la hacemos. ¡Víbora! Tráime igual. Es como el poeta Gabriel; ése me cae que sí sabe. Cómo anda por ahí, siempre que estudiando que leyendo que en la Presidencia y siempre con sus librotos y a mí me late que nada más que quiera se va a la ciudad. Que si trabaja en la Presidencia ha de ser sólo para sacar unos centavos. ¿Qué me dijeron de él? Ah sí, que ya se quiere casar con ésta... cómo se llama... ¡la Natalia! A mí me late que no la hacen. Cuando he visto a Natalia por aquí en la plaza, cómo se me queda viendo, lo que ella quiere es... y pues el maestro poeta como que puso. Ella necesita un hombre de a de veras, necesita un hombre hombre. Buenas don Miguel... sí, llegué anoche... bien, gracias. Propio don Miguel. Se me hace... no quién sabe, pero se me queda viendo como que con ojos de... no, quién sabe. Víbora. Un Orendáin. Y tráite una botanita. No seas apretado. Ya sé, voy a invitar al poeta Gabriel a tomarse unos tragos a ver si así me le pego más a Natalia y pues luego pues ya, ya estuvo. Total, qué se pierde y, además, a mí me late que quiere... Ora sí, Víbora. Ay, ay, ay. Pinche Claudia, Ya me trae hasta la madre. Pinches viejas, siempre lo mismo. Al principio que no que tú que yo que tu esposa que piénsalo y ahora, hasta de rodillas la cabrona. Ya me trae hasta la madre. Segurito que lo mismo con la pinche Natalia. Todas son putas y que no se hagan. Cómo se me queda viendo... ¡pus también quiere! Parece como que lo hacen de a pinche adrede. Mi

esposa: puta —si no, hay que preguntarle al maestro poeta—, Claudia: puta y Natalia pues de seguro que también. Víbora, qué te debo. Mejor ya me voy por el maestro antes de que me encabrone más.

... **G**abriel, Gabrielito, mi Gabriel... vería cómo si se quedara conmigo, lo sacaba, yo sí lo sacaba de esa maldita Presidencia que nomás no lo deja en paz para escribir su poesía, vería cómo conmigo sí la hace... porque yo sé que él sí es bueno, lo que pasa es que la gente no entiende que él es un poeta y por eso se burlan de él... por eso ese día de la velada el mocoso ese, el hijo de doña Martita, le cortó la corbata con unas tijeras... tan guapo que se veía con su corbata nueva... lo que pasó es que estaba tan emocionado diciendo su poesía y el mocoso ese es un grosero y su mamá nomás no lo puede educar... y todo el mundo se empezó a reír y él ni se dio cuenta de que el mocoso le había cortado la corbata... pero es que también ya estaba medio tomado y pues luego que aquí todos son bien ignorantes y no aprecian su poesía... igualito que su novia... la Natalia... que nomás se quiere casar con él para que luego la gente le diga que es la esposa del poeta Gabriel Rosas... pero la verdad es que no lo quiere, nomás le interesa su fama, ella no le conviene a mi Gabrielito, es una mosca muerta que se la pasa tejiendo... ¡ay! si la Natalia y mi marido, que de Sultán

nomás tiene el nombre, nos dejaran en paz, porque nomás me quita el tiempo... la verdad es que el pendejo sólo tiene ojos para sus luchas y para mí, pero a veces llega tan cansado de luchar y de andar de gira que ya nomás se sube a echarse pedos de tan cansado que está... pero me quiere mucho... ¡uy! y si él se enterara de lo de mi Gabrielito y yo... y es que está bien guapo mi futuro Amado Ner-vo... ese día de la velada que se salió ya casi cayéndose de puro borracho y pues que voy y lo persigo, no se lo fueran a robar por ahí... y qué a toda madre nos la pasamos... y si la Natalia y el Sultán se enteraran... pero es que la verdad estuvo bien chingón y ya ni quien nos quite lo acostado, ora sí que a palo dado ni Dios lo quita.

A la mitad del camino de la vida mía una fiera me apartó de la luz. Sus garras eran dulces y sus colmillos tomaron por sorpresa, penetrándola voluptuosamente, la frágil sustancia de mi virtud. Escribo estas líneas con la misma pluma que registró los días primeros de mi extravío: una pluma antigua, regalo de mi madre, que hoy se niega a seguir los dictados de la inteligencia poética, las reglas de la arquitectura retórica, y, como conectada a alguna vena tiránica y acibarada, se empeña en vertir sobre el papel todo el dolor de mi corazón culpable. En efecto, abandono mi voz moza de bar- do pastoril, aparto de las bravías ca- ñadas y los vetustos conventos del

Mezquital mis avergonzados ojos, y dispongo mi ánimo a arrojar esta elegía sobre el sepulcro de mi inocencia.

Emoción recordada en tranquilidad es la poesía, dijo un vate inglés. Hago, pues, acopio de serenidad y trato de recordar cómo empezó todo. Escenas borrosas, de contornos indecisos, llegan a mi memoria y se van de ella con una celeridad vertiginosa. Veo una figura de luz enceguedora ante la cual desaparecen el temor, la soledad, la duda respecto a mi propio talento; una figura supralunar: Natalia, mi novia. Luego esta imagen se borra, desaparece de golpe, como desaparece la llama de una lámpara que el viento de la noche apaga. Mi propio rostro queda transformado: es invierno; estoy en un bosque de árboles muertos, mirando como ido la superficie in- munda de una ciénaga. El viento helado me hiere el rostro y de repente mi razón se extravía: pienso que la sus- tancia de la ciénaga debe ser tibia y protectora como un agua maternal...

Pero veamos los aspectos mundanos de la historia, apuremos de una vez esta copa de podredumbre. Conocí a Carmen... ¿dónde? La había visto muchas veces; me atraían sus efluvios de carnalidad, y el hecho mismo de saber que es casada acicateaba mi ambición de ella. Además, (¡Ah, vanidad varonil, tan poco diferente, en ocasiones, de la malhadada vanidad femenina!) echarme al bolsillo la honra del Sultán, ese gladiador de pique- ras y congales, era una tentación deliciosamente traviesa. ¡Cómo provoca a veces, a los intelectos superiores, la idea de morder los agraces frutos de la canalla!

No tuve que tomar yo la iniciativa: Carmen me buscó. Había organizado una velada literaria donde yo sería el

centro de la atención: me invitaban a leer parte de mi obra, lo más granado. Llevé mi "Nocturno a la soledad", mis "Madrigales a la orilla de la luna", mis "Cantos de cuervo" y, por supuesto, *opus magnum*, la *Natalia*.

Juventud, embriaguez divina, impulso dionisiaco, no pude traicionarte y, por no traicionarte, mancillé ese afecto casto que pudo haberme redimido. Bebí, anhelé, bebí más y más anhelé... hasta que perdí la conciencia. Desperté al día siguiente con la corbata mutilada y la ropa en desorden. ¿Fue acaso que Carmen, esa cantante ebria por una noche de poesía, incapaz de refrenar sus naturales ímpetus, deshizo mi corbata con sus dientes en lugar de desatar normalmente el nudo de mi castidad?

Volví a casa como un ángel caído en cuyas alas, antes blancas, se secaba al sol de la mañana un lodo negro. Me vestí y fui a trabajar a mi oficina, en la Presidencia Municipal. Mas he aquí que ni aún el trabajo honrado del funcionario público venció el temblor de mis manos pecadoras. Me excitaba hasta el paroxismo la noción del peligro en que me hallaba. Si el Sultán descubría lo sucedido... mi imaginación, acaso todavía intoxicada, concebía un amanecer helado a la orilla del río, hombres vestidos de negro, solemnes, el estampido mortal de dos pistolas... olvidaba que el Sultán, siendo como es de tan baja condición, recurriría en su cólera de cornudo a algo mucho menos noble: me buscaría, tal vez, para golpearme con los puños, como un lacayo.

Hace una semana, yo estaba en la oficina, ante mi escritorio, cuando me dijeron: "Vienen a buscarte". Era el Sultán y sentí vértigo. Me pidió le concediera cruzar unas palabras, a lo

cual accedí. Atravesamos la plaza bajo el sol ardiente del mediodía. "Acaso el último que vean mis ojos", pensé. Pero el Sultán no me llevó al río: me llevó al *Paraíso*. Yo no quería beber pero él me obligó. Nos embriagamos y, como suele suceder, en la borrachera los extraños se hacen amigos y los amigos hermanos. ¡Ah, honor tan inconsistente de la canalla! Cuando yo esperaba el principio de un espantoso combate, aquel sencillo gladiador me dijo, con su lenguaje llano de iletrado púgil, que sólo en calidad de cita me atrevo a reproducir: "Mire, maestro, no se preocupe: yo ya sé que mi esposa es una puta".

¿Dónde estuvo mi fracaso? ¿En pecar o en ser perdonado? Carne fácil, tan barata al hombre de bien, no me interesas ya, ni codicio más tus profanos deleites. Vuelvo mis ojos a aquella figura de luz para quien diariamente levanto un templo dorado hecho de versos. ¡Lejos de mí, hetaira! Acaso un día, hurgando entre un montón de libros viejos, uno de tus ilegítimos vástagos encuentre, firmado por mí, un breve poemita, una estampa de la vida mundana, dedicado a una mujer sin honra. Nunca sabrá que era su madre, como nunca nadie sabrá lo que pasó la noche de la velada.



XI Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores

EL SOÑADOR DERROTADO

Jabelh Castañeda Camey

Parado frente al espejo, llevó la pistola a su boca. Traía puesta la misma pijama con que se había levantado días atrás. Una barba rala cubría su rostro.

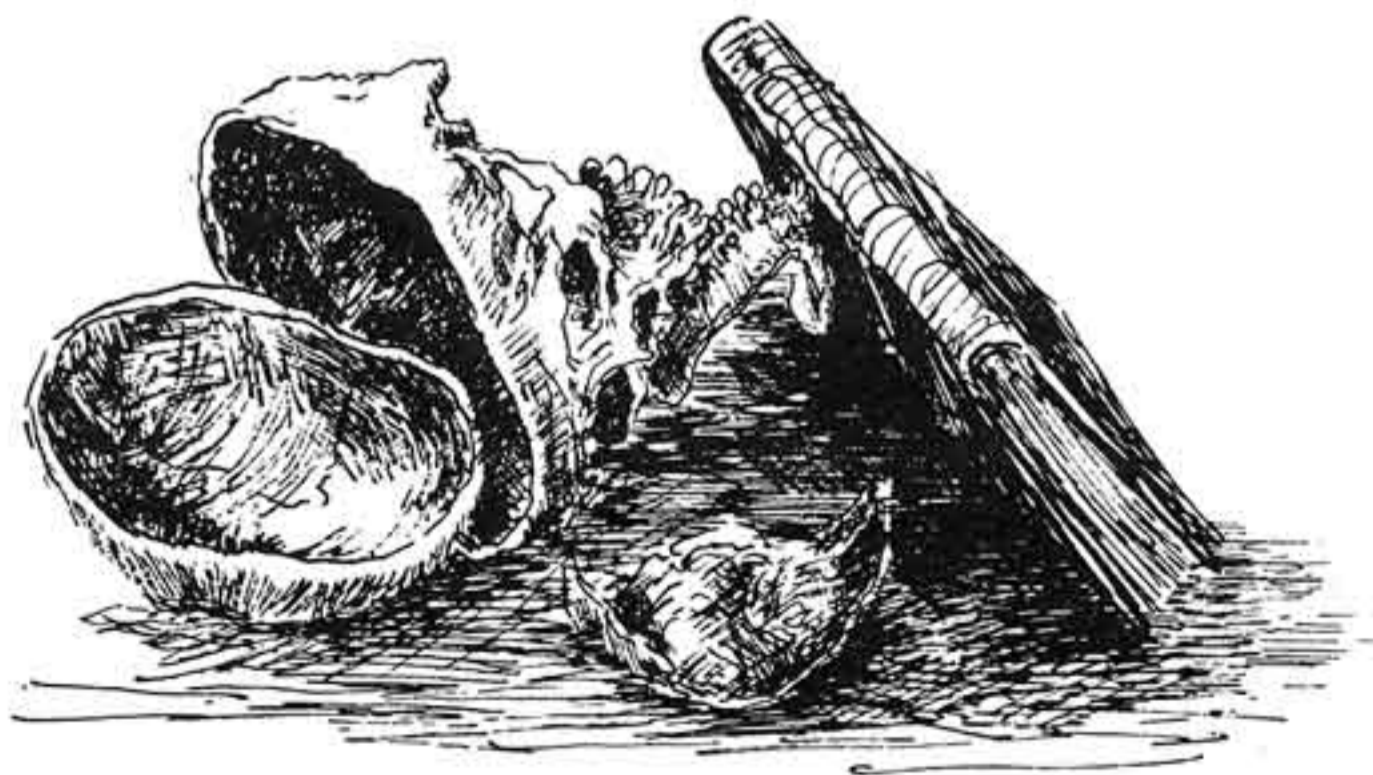
Te veo cuando llegaste a México en 1960 procedente de Guadalajara. Habías dejado casa, familia y buenos amigos. Veniste a una ciudad llena de ruidos, de grandes edificios en medio de la muchedumbre y la atravesaste en un camión de la "Estrella de Oro". La capital, a pesar de sus calles adornadas y de los parques en domingo, te pareció triste e inhóspita y sin embargo, pensaste en terminar aquí tu carrera de abogado y colocar pronto tu despacho en un lujoso edificio cerca de Reforma. Deseaste conocer a una mujer bonita y rica que te diera muchos hijos y construir una hermosa casa en una zona residencial. Soñaste con abrir tu propio negocio, manejar dinero en una cuenta bancaria y poder pagarle a tu esposa las comidas en el

Club; mandar a los niños a estudiar al extranjero y dedicarte a la política. Querías aparecer en las páginas sociales de los periódicos y jugar golf los fines de semana para mantenerte en forma. Pensaste en asegurar a tu familia en una compañía de prestigio y así poder viajar tranquilo por una que otra ciudad de Estados Unidos y Europa. Imaginaste tener varias amantes y regalarles joyas, comer y beber en los mejores lugares y los viernes ir al masaje y luego tomar un baño de vapor. También, viste con desprecio a todos los mediocres que, a diferencia de ti, no habían podido salir adelante.

Lo que tanto soñó y deseó no lo tenía. El mes de diciembre de 1990 dejaba relegado a un hombre envejecido casado con una vieja gorda con quien había tenido cuatro hijos y muchas deudas que pagar. Ahora sólo le quedaba enfrentar su derrota. Con la mirada fija en el espejo, abrió la boca y apretó el gatillo.



MORSA



MORSA

EL OTOÑO NO TIENE QUE SER ROJO

Tomás Granados Salinas

A Esperanza la belleza le duró desde la mitad de abril hasta el último día de octubre. Se le subió al cuerpo como si fuera un batallón de hormigas y se fue apoltronando de tal forma que llegó a parecer algo natural, algo con lo que hubiera nacido y no el resultado de los azares propios del tiempo. Por eso, al mediar el otoño y marchitarse las filigranas que se habían apoderado de su piel, la pérdida fue más amarga que los aguaceros grisáceos que durante años inundaron su aspecto. Se le esfumó de un día para otro, sin advertencias, y en vano Esperanza se revolcó en las sábanas de seda de su recámara, en vano apretó la ropa que había comprado en las semanas recientes, en vano pintó su rostro hasta agotar el repertorio de tinturas y sombras en polvo, y en vano lloró sobre sí misma implorando una nueva oportunidad: sobre su cuerpo no quedaba una sola gota de belleza.

Estuvo echa un ovillo durante varias horas, secando los ojos con la terquedad de una tristeza suave, pero por más que volteaba a mirar los espejos que había instalado en su alcoba, para mirarse de cuerpo entero mientras se desnudaba o mientras comía el desayuno echada sobre la cama, por más que reconocía del otro lado de las lágrimas el perfil de los senos, la curva de la cadera o la agudeza de codos y rodillas, no encontró ningún vestigio, nada de ese aroma que provocó más de un altercado en los salones de té a los que entraba con una altanería de animal deseado e inalcanzable, y que la llevaba a fabricarse los insomnios en donde sus manos redefinían febrilmente las regiones más lejanas de su entrepierna.

Dejó de llorar cuando la tarde se filtraba por la ventana. Se bañó con timidez y en la regadera, sin atreverse a las largas caricias con que antes, sumer-

gida en la espuma de la tina, cubría vientre, espalda y muslos. Avergonzada, tomó una toalla enorme, a diferencia de la diminuta con que antes se secaba para tener que repasar con atención las zonas humedecidas, y terminó de arreglarse procurando no enfrentar los espejos, pero habían llegado a ser tantos que la imagen describió una trayectoria enredada y terminó dentro de sus pupilas. El reflejo, que hasta ayer había sido la antesala de sus orgasmos, donde veía al amante ansioso desnudándola, donde veía aparecer su cuerpo, paso a paso, con la demora generada por los ligeros, las blusas muy pegadas, los suéteres con cuello de tortuga, el reflejo, en fin, ahora le causaba náuseas.

La belleza le había llegado también sin advertencia, de golpe, como si de pronto alguien la hubiera arrojado sobre sus carnes amorfas y desequilibradas, sobre la nariz aburrida, los brazos rechonchos, el abdomen que se asemejaba a una pera demasiado madura. Al principio fue algo desagradable, casi igual que una enfermedad, pero poco a poco ella se dejó convencer por las miradas libidinosas y los gestos de sorpresa que iba despertando en la calle. Se pasaba horas en el minúsculo espejo del baño, al que hasta antes de abril no usaba más que para acomodar en las mejillas algo de rubor, dos trazos que delinearan los ojos, la plasta rojiza de los labios y una capa desordenada de polvos para disimular las múltiples carencias, hasta que, a mediados de mayo, cuando no le bastaron esos centímetros cuadrados de reflejo para deleitarse, decidió disfrazar uno de los muros de su recámara con vidrios pulidos.

Luego, una mañana en que había dedicado más tiempo del usual a depi-

larse las piernas, fascinada por el brillo que hallaba en ellas, por la firmeza, por la perfección, descubrió que sus viejas ropas no tenían la estatura de su nueva vida: abrió los cajones de su cómoda y las puertas del clóset, y fue arrojando sobre la cama las blusas deschistadas con que iba a la escuela, los brasieres discretos, las medias sin ningún atributo, las faldas que se esforzaban en cubrir ese cuerpo vacío de atractivos, mientras se reía con desparpajo y lanzaba guiños a todos lados. La siguiente semana la perdió deambulando en tiendas de lencería, comprando nuevos trajes y nuevos zapatos, reconstruyendo un guardarropa en el que pocas veces había reparado, pues estaba hecha a la idea de que la ropa es un mal necesario para cubrir los espantos del cuerpo. Cada vez que Esperanza entraba a una tienda, los clientes perdían el interés por lo que estaban comprando y llegaban a sentir una ligera vergüenza de sí mismos, tan feos, tan faltos de distinción, tan terrenales, y las encargadas de atenderla resistían apenas el impulso de ir con ella hasta los probadores, mirarla medio desnuda, oler su piel, tocarla pretextando que a la ropa debían hacerle un corte aquí, un remiendo allá.

Se puso un vestido al azar y notó que algo faltaba dentro de la tela. Trató de darle forma, de amoldarlo a su figura, pero fue inútil. Finalmente lo arrojó con furia y probó otro. El resultado fue semejante: éste requería ampliar la cintura, aquél reducir el escote; éste necesitaba ser más largo, aquél era muy angosto. Los apiló sobre la cama, sin llorar, hasta que, resignada, se quedó dentro de unos pantalones morados que parecían ser tres o cuatro tallas más chicos y cubierta por una camisa de hombre que le ha-

bía dado un aire irresistible durante las noches de agosto, cuando, agobiada por el calor y el aliento impulsivo de al menos dos pretendientes, había recorrido los salones de té.

Supo que también sus cabellos eran opacos. No tenía que echar una ojeada al reflejo para corroborarlo, pues tan encantada estuvo antes por esa cabellera lánguida, que la había dejado crecer abundantemente y ahora se colaba en su campo visual sin misericordia. Nunca tuvo un color definido y a veces se adaptaba al conjunto como un camaleón, pero había crecido tanto que, al opacarse, su aspecto se aproximaba al de la corteza de los árboles muertos. Se peinó con suavidad, en un remedo del rito de los meses anteriores, ese ritual que consistía en transitar desnuda frente a los espejos y aislar los cabellos hasta que cada uno pudiera ser visto como algo completo y no sólo como parte de aquella enredadera. Mientras abría los cabellos, los cristales le regresaban la reproducción infinita de una sonrisa maliciosa que esbozaba el nombre del amante de turno, del hombre nebuloso que hacía

esfuerzos por abarcar esa belleza, sin lograrlo nunca.

Se acercó a la ventana de su alcoba para ver cómo octubre se iba borrando de las calles, la abrió porque quería respirar profundamente y se quedó mirando el cielo. La tarde casi había desaparecido y sólo uno o dos caminantes cruzaban por la banqueta. Luego bajó las escaleras y enfiló hacia la puerta que daba hacia el exterior.

Se detuvo antes de abrir pero la duda duró poco. Giró el picaporte y una bocanada de aire le inundó los pulmones, dejándole un sabor de otoño en la garganta: su belleza era entonces como una cicatriz que humeaba. Volvió a palpar sus carnes flácidas y dio el primer paso sobre la acera. Nadie se frenó para mirarla, nadie sintió una taquicardia asesina, nadie parpadeó tres veces para asegurarse de no estar frente a un espejismo. En ese momento, lo único digno de atención era la tarde morosa que iba envolviéndolo todo como un lienzo fúnebre. La noche, advirtió Esperanza mientras echaba a andar, estaba demasiado cerca.



Fotografía

Primera mención

Benjamín López Alcántara



SIN PALABRAS

Juan José De Giovanninni

Se ilumina la pantalla y aparece una recámara entre la oscuridad; la decoración es elegante, sin llegar a lo cursi. Una mujer joven abre la puerta y entra en la habitación; al parecer es una dama bien educada. Se sienta en una de las dos camas que hay en el aposento y acaricia la colcha. Recuerda algo, estoy seguro. Se abre la puerta otra vez y se introduce una señora más grande en edad que la anterior. La joven se levanta apresuradamente y abraza a la recién llegada. En el momento en que están abrazadas (podría decirse amorosamente abrazadas) penetra al lugar un individuo que parece ser esposo de la dama joven. De pronto, el hombre empieza a insultar a su supuesta esposa; no sé, me parece que le reclama algún rasgo de lesbiandad. No, creo que le reclama por ser muy puta, al menos eso me hacen pensar los movimientos que él hace con las manos.

Me parece que ésa es la verdad. Y tan decente que ella parecía. ¡Ah caray!, el tipo pasó de los insultos a los golpes y ahora trata de asfixiarla. Qué cosas se ven estos días, los dos aparentaban ser gente seria. La señora mayor acaba de salir escandalizada del cuarto, tal vez va por ayuda. Es lo que debe hacer, no puede dejar que ocurra una desgracia. Ya regresa, y trae una buena ayuda, un revólver. Él no la ve y continúa su labor. Una pequeña nube blanca aparece frente al cañón del arma, el hombre se contorsiona y cae. Tenía que suceder. Todos debimos imaginarlo.

Bueno, esto ya parece telenovela barata, sólo falta la música de fondo; pero podemos imaginarla. Ambas mujeres están bastante asustadas, cargan el cuerpo del hombre y lo sacan de la recámara. Ya sé lo que ocurrirá, llamarán a la policía y le

explicarán lo sucedido, dirán que todo fue por culpa del asesinado y que la señora actuó en defensa de la joven. ¡Pero si ya regresan! Vienen con el decaimiento que la situación amerita y acompañadas por la recamarera. Parecen estarla aleccionando en algo, seguramente le explican lo que debe decir a la policía cuando ésta llegue. Eso está muy mal, pues se debe tomar en cuenta que la recamarera no vio nada y va a rendir falso testimonio (que además es pecado). Las señoras actúan sin ética, están obligando a la indefensa joven a mentir. Lo que traman es algo realmente reprochable. Aunque creo que me adelanto, sí, la recamarera se ha negado con todo derecho y es despedida injustamente. Ha ocurrido una verdadera desgracia. ¿Qué va ser de esa pobre muchacha cuando deje de percibir un sueldo que le hace falta? Su hijo, porque debe tenerlo, no podrá ir a la escuela. Ella tendrá que pedir dinero prestado, su situación será cada vez más desesperada y poco a poco se verá orillada a la prostitución, por culpa de otra prostituta. Sí, como lo oyen, por culpa de la prostituta de su patrona que orilló a su marido a la violencia, pues qué hombre, que se precie de serlo, soporta a una mujer, a su esposa, cuya costumbre es irse a la cama con cualquiera. Es bastante dolorosa la situación, sin embargo las dos damas elegantes están preocupadas por algo diferente. Su prestigio está peligrando. Obviamente no saben qué hacer para evitar el escándalo. La dama joven recorre apresuradamente el cuarto, de pronto se le ocurre algo y lo comunica a su compañera. Ésta parece entusiasmarse con la idea y en seguida salen las dos de la habitación.

Pienso que es una falta de respeto

dejarnos en ascuas; las damas no tuvieron la amabilidad de insinuar lo que harán. No importa. En su ausencia voy a tratar de resolver la situación de la desamparada recamarera. Tal vez no llegue a ser tan desesperada su problemática y pueda conseguir un trabajo menos humillante que la prostitución; quizá sea cajera en algún supermercado. Sin embargo esto no parece tan bueno. Probablemente cometerá algún error al cierre de la caja y afrontará un faltante que no podrá pagar. Los patrones en los supermercados son muy estrictos y no sólo la van a despedir. Muy posiblemente llegará a la cárcel y su hijo se quedará sin protección. La pobre mujer tendrá que consignarlo a un internado gubernamental, donde el desvalido niño va a sufrir las agresiones de sus compañeros y la tristeza de estar lejos de su madre, una tristeza como hay pocas; al mismo tiempo en su pobre cabecita van a entrar ideas malvadas que acabarán por convertirlo en un criminal en potencia.

Pues sí, las señoras no son tan indispensables. Acaban de regresar. Ya no están en la recámara, ahora se encuentran en una pequeña salita. La preocupación ha desaparecido de sus rostros.

Un joven distinguido y hermoso toma el té con ellas, disfruta de algunos pastelillos y juguetea, de vez en vez, con la perrita de la señora joven, una pequinés. Mi desconcierto es muy grande, ¿dónde quedó el cuerpo del asesinado, dónde la tristeza, dónde la policía? Las damas no se interesan por mis interrogantes, están muy ocupadas en atender al joven que las acompaña. Ahora le muestran un jardincito que se ve a través del ventanal

que está en medio de la sala; hay rosales, árboles frutales y, al fondo, se nota un pequeño montículo con cara de sepultura. No creo que esa haya sido la solución es demasiado fácil.

La pantalla queda en blanco, se en-

cienden las luces y los espectadores comenzamos a levantarnos de nuestros asientos. Seguramente para algunos fue maravilloso lo que vimos y para otros aburrido, para mi sólo fue una tontería.



Evocaciones



Fragmento de novela

Primera mención (Concurso XXIV, 1991)

A DOBLE LLAVE

Eduardo Rojas Rebolledo*

I

Qué fuerte es el olor a los días de siempre. Te despiertas a la misma hora. El guardia llega a las cinco de la mañana y golpea los barrotes de acero. Con las lagañas todavía en los ojos, haces un reconocimiento de la celda, de la tuya, de tu rincón; sabes que no es una pesadilla y si lo fuera, aún no despiertas. La pesadilla es muy larga.

Volteas entonces para todos lados, ves detenidamente cada objeto. Las cuatro paredes siguen grises. Tu mirada recorre un poco más, ahora ves la cama de Ernesto; después el excusado envuelto en manchas cafés y gotas amarillentas. La mirada se te extravía, hay pegada una pintura, sin vidrio ni marco, que todavía conserva la dedicatoria y el brillo de los colores chillones, rojos y verdes entrelazados en la profundidad de los azules. La celda está idéntica, no lo puedes creer después de tantos años. Si te ves en un espejo descubrirás el juego tan macabro del tiempo, tu cuerpo pasea en dos polos, una cara ya con arrugas y canas, y un cuadro que tiene intactos los colores. Sin dar la cara a tu compañero Ernesto, arrancas el cuadro, lo pisas hasta que tu frente comienza a sudar, hasta que la absurda dedicatoria desaparece, lo cuelgas y te sientes más tranquilo.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Las paredes se te van encima. A Ernesto lo sientes más viejo. Recoges la ropa del suelo, sacudes el polvo, la sostienes y ves tus iniciales en la bolsa derecha de la camisa; sí, eres tú, Gregorio Cárdenas. Te vistes sin levantar la cabeza, Ernesto permanece inmóvil, no quiere decir nada.

Abandonan la celda. Al cruzar el umbral te detienes, con la mano tocas el barrote, lo pruebas con la lengua, sabes que no lo puedes arrancar a mordidas. Ernesto toma fuerza y te jala, con una palmada en tu espalda sabe que hizo lo mejor. Lo miras a los ojos, descubres sus pómulos salidos, sus ojeras verdes aprisionando las pestañas, sus labios con un tinte de rojo claro como el de los niños.

Se conocen hace tiempo, así que saben interpretar sus silencios. Te asignaron la celda donde Ernesto ya se encontraba. Sabes poco de la historia que le hizo caer preso. No les interesa, ni a ti ni a él, dañar su tranquila relación con preguntas que sofoquen, que hagan recordar, que pongan en tela de juicio lo bueno y lo malo, que lleguen a producir asco, dolor o resentimiento.

Permanecen sin dirigirse la palabra por horas, sabes que un gesto, una sonrisa, una mirada, bastan para romper el hielo de la soledad. La comunicación la manejan, en ese espacio. Es molesto, y lo sabes, platicar las cosas del pasado, hablar de los padres y las frustraciones. No quieres recordar a tu familia y no tienes por qué hablar de eso con Ernesto, son agradables sus sonrisas, cuando te muestra la mitad de su dentadura, o sus guiños de ojo, cuando ves un negro que te recuerda el carbón mojado. Te sientes satisfecho con esto.

Haz memoria, Gregorio, y recordarás aquella ocasión. Era pasada la media noche, no dejabas de temblar, el cuerpo lo sentías frío. Estabas hincado, con las manos juntas y pegadas a la barbilla. A tus pies estaba un papel y un lápiz. Los ojos mirando hacia la pared, como si estuvieras viendo un cristo. En el suelo, sólo algunas frases inconclusas y tachadas. Ernesto despertó, nunca te había visto montado en cólera, te creía seco y sin olor. En un giro de ojos encontraste a Ernesto y bajaste la cabeza, tu súplica fue entendida: Ernesto te levantó de las axilas, te separó los brazos acalambrados y levantó el papel.

Caminan juntos, la oscuridad resbala por las paredes haciendo más largos los pasillos. El hierro y la pestilencia entran por todos tus sentidos, el olor se apodera de tus ojos y las partículas fecales se adhieren a tus pestañas, el metal frío te acaricia la entrepierna. Todos caminan rumbo al comedor, se empujan, manosean, burlan.

En fila india, aún recuerdas tu niñez. En el comedor de la prisión todo es diferente. Los juguetes acaban por cansar, la cárcel también cansa. Las pelotas y los carritos quedaron en una caja, imagínate dónde estarán, es probable que ya no existan, o que estén como tú, en una cueva parecida, donde los fantasmas también se hayan hartado de correr y buscar compañía.

Sirven la comida en charolas oxidadas, en un platón de lámina. De un golpe el cocinero pone la comida, frijoles renegridos, tortillas, y leche demasiado acuosa. Tienen hambre, ves indiferente tu plato, lo dejas en la mesa, pones las manos contra los ojos, tomas aire —crees que es un último suspiro— y hablas en voz muy queda. Rezas, construyes poemas. Todos devoran los frijoles como en un ritual: sostienen delicadamente la tortilla y la introducen hasta

el fondo del plato; sacan los dedos escurriendo sin perder de vista la mano y se llenan la boca cuidando que no se escape nada; la comida no deja espacio a la lengua que en momentos se asoma ágil para detener la saliva. Ernesto te golpea con el codo, retiras las manos de la cara y tratas de comer algo.

No te importa que no seas bien visto entre tus compañeros. La mayor parte del tiempo permaneces aislado, frecuentando los rincones. Esporádicamente hablas con Ernesto, a los demás los ves como caminantes cualquiera, como pasajeros del mismo vagón del metro, y no porque fueras inocente, sino porque en tu cabeza continúan deambulando las imágenes del pasado: lo intenso que se te figuró el color rojo de la sangre y los chillidos silenciosos de la asfixia. Nadie aún te ha agredido, sólo los comentarios entre ellos ponen de manifiesto su poca simpatía hacia ti. Eres conocido por sobrenombres de los cuales sólo conoces algunos. No le causas problema a los guardias, eres un hombre que vive murmurando frases de penitencia.

Suena un grito seco y todos se levantan, llevan las charolas al mismo sitio y salen del comedor. Escuchas sin haber comido nada.

Los guardias los apuran, los separan en grupos para limpiar la prisión.

Hincado enjabonas el piso tratando de que las manchas desaparezcan. Metes tu mano al balde y el agua moja tu brazo, la sensación de grasa te provoca asco, se te enchina la piel pero debes continuar hasta que el guardia esté convencido con el trabajo. Cuando terminas quieres despegar todas las gotas de tu cuerpo, pero el agua contiene excremento y el olor está en cada molécula. Agitas las manos con velocidad, te paras y te alejas del balde, unas gotas quedan rodando aún en la piel. Todos terminan su trabajo. Salen al patio. Una hora de descanso.

Una hora no significa nada cuando no existe reloj. No son necesarios los minutos, basta con ver cómo el cuerpo se hace más viejo, cómo el pulso falla, cómo el pelo encanece, para suponer que no se está viviendo el mismo año.

El patio está cubierto por muros, son cuatro paredes altas que se levantan imponentes como en los castillos medievales. Cuando el sol sube, aparecen sombras largas que dan la idea de nubosidad. Son anchos, con algunas perforaciones hechas con los dedos, con inscripciones: "Aquí está el cuerpo vivo de Pablo Sánchez, chinguen a su madre los de uniforme". El suelo tiene cuarteaduras de donde salen, casi sin querer, pequeñas plantas. En ese espacio más de trescientos hombres pueden cansar su cuerpo corriendo tras una pelota o escribir cartas, los que lo sepan hacer.

Los juegos se organizan y los equipos quedan en orden. Sacas un cigarro sin filtro de la bolsa, lo sostienes con la boca y lo enciendes. La primera bocanada de humo te marea y te quema el estómago vacío. Sacas el humo por la nariz y te ves de pronto rodeado por cuerpos sudorosos y sucios que se gritan unos a otros. Quieres alejarte, caminas lento, el cuerpo te pesa, arrastras los pies. Te detienes en un rincón, donde el olor de la basura llama a las moscas y pateas una lata para sentarte. Apagas el cigarro y lo guardas en el pantalón, inclinas la cabeza contra las piernas y comienzas a llorar. Las lágrimas salen tímidas, ya no queda mucho por qué llorar.

El llanto ha tenido un significado de individualidad para ti. A los ocho años,

cuando murió tu padre, saliste del velatorio y te sentaste en la puerta de entrada a la funeraria, comenzaste a llorar mientras metías las manos entre el pantalón y los calzones, para acariciarte suavemente los testículos. Tu madre no notó la ausencia, veía pasmada la caja morada con un Sagrado Corazón en el centro. Lloraste muchas horas sin que nadie te viera, la saliva y los mocos colgaban en tu camisa negra. Con las manos en los testículos te diste cuenta que ya no llorabas por tu padre. Recordaste la casa de unos amigos, cuando el hermano mayor te desnudó y acarició tu miembro, que no mostraba un sólo vello. Después hizo que tomaras el suyo. Quisiste contarle todo esto a tu padre pero te dio miedo que te llamara marica.

En el velorio recordabas todo, y la muerte de tu padre te apenaba, no por que no lo volverías a ver, sino porque ya nadie sabría tu secreto.

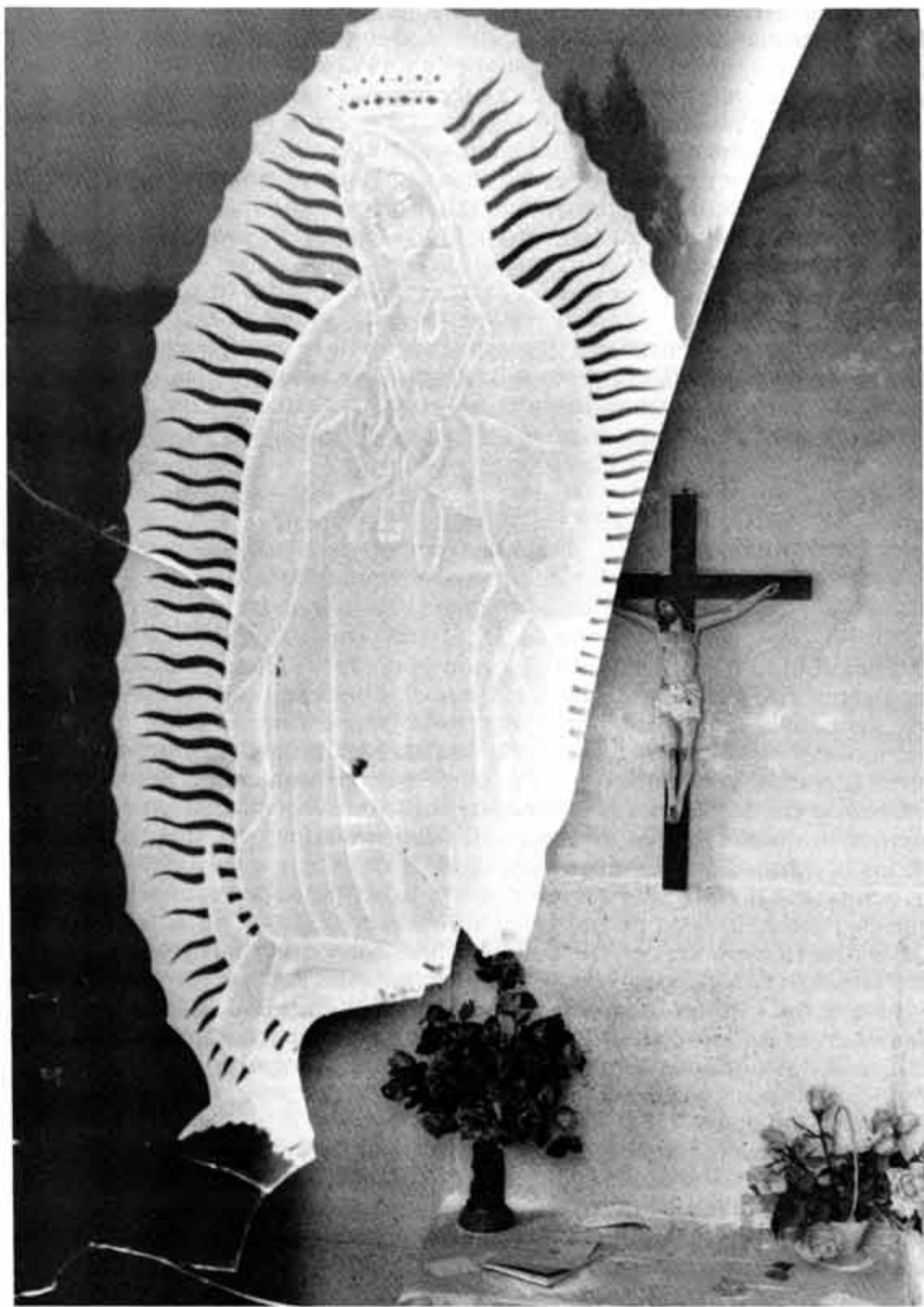
Dejas de llorar, piensas en el pasaje de algún libro, no recuerdas ninguno. De pronto notas una figura, unos ojos negros que se aproximan con una sonrisa por debajo. Es Ernesto, le haces un lugar para que se siente y le pasas el brazo por los hombros.

II

El primer minuto en prisión. Te llevaron por la tarde en una camioneta blanca. Después de largas jornadas en el tribunal, donde te preguntaron los móviles, los pensamientos, los fines, las razones; marchaste a un lugar donde el mundo se sentiría de otra manera. ¿En realidad reflexionabas sobre tus futuras obras literarias? ¿Presentías, por fin, el mensaje de tu musa? ¿Qué tan seguro estabas de encontrarte en el instante indicado, en la etapa más plena para comenzar tu obra? ¿Habrías vivido ya lo suficiente como para contar las cosas de los hombres? Por la ventana del camión alcanzaste a ver la ciudad, el sol se ocultaba. En el interior oscuro pudiste haber pensado en la primera línea que escribirías, a quién dedicarías el libro, cómo serían la portada y el título. Las llantas tropezaban con piedras y baches, volvías a asomarte por la ventana, ya sólo veías el polvo que levantaban las ruedas.

Bajaste del camión, dos policías te llevaron a empujones, el acero en las muñecas era incómodo. No abrías la boca, no quisiste pronunciar una palabra con esos dos hombres. Entraron por una puerta, luego recorrieron algunos pasillos y volvieron a entrar por otra puerta. Te preguntaron si te llamabas Gregorio Cárdenas.

Trata de hacer memoria y aparecerán ante tus ojos varios objetos: un pizarrón, un pupitre, y si inclinas un poco más la mirada, observarás tus zapatos negros y los cuadernos con forros de colores. Tenías diez años, la maestra propuso que escribieran un poema como regalo para el día de las madres. Tenían dos horas para hacerlo y después leerían el texto completo frente al grupo. Tomaste la pluma, recordaste a tu madre, la imaginación dio hasta el gra-



do de olerla y tocarla en su desnudez, debías haber comenzado la primer línea refiriendo la blancura de sus senos, luego el contorno de su cintura, pero no escribiste nada, la cabeza se nubló, la cara de la maestra se revolvía con la de tu madre, con un poema que no nacía y con un reloj que por fin marcó dos horas.

—Gregorio, haz el favor de leer a tus compañeros lo que tengas escrito.

Te sentiste interrumpido en la acción más íntima, sudaste, no sabías qué responder, la hoja aún estaba en blanco. ¿Por qué no decirle que sólo recordabas a tu madre desnuda?

—¡Contéstame pendejo!— una voz ronca.

Querías alejarte de lo que permanecía rodeándote y, como lo hicieras en el salón de clases, viajar por otros rincones, por otras pesadillas, por otros diálogos. La misma voz seca rompió con tu silencio. Una lluvia de preguntas sobre tu estatura, peso, señas particulares, hizo que abrieras más los ojos para encontrar en aquella oficina un escritorio verde oscuro y tras él a un hombre robusto, con un bigote de pelos negros y canos, con una cabeza donde escaseaba el cabello, con un tez morena que hacía juego con el traje azul fuerte y la corbata vino que dejaba ver relampagones de grasa. Te ordenó acercarte, vio fijamente tus ojos hasta que tu mirada se venció.

—Aquí las cosas no van a ser fáciles. Pero de ti depende que los problemas sean lo menos duro posibles. ¿Alguna pregunta, infeliz?

—No.

Es de esperar que no tuvieras preguntas, qué podías haber preguntado, si no habías escuchado atentamente las palabras del director del penal, si su figura te había dejado temblando, si lo único que querías era tiempo para darte cuenta dónde estabas. Porque sucedió que no te convencías de estar ahí, aunque el viaje en la camioneta y el observar cómo la ciudad se perdía, y los guardias que te habían traído y aún te rodeaban, así te lo hacían ver, pasó un tiempo para que entendieras y sintieras dónde estabas. Las horas y los días te han hecho descubrir y reencontrar tu hogar, es ahora cuando tienes preguntas, cuando quieres saber respuestas.

Saliste de la oficina seguido por los guardias que te olfateaban como perros. Escuchabas mofas pero caminabas viendo el suelo, esperanzado por poder reconocer aunque fuera una mancha, pero nada parecía común.

Debes tener presente tu figura dando cada paso, fijándote en el traslado de tus pies, las manos en la parte trasera de la cintura y el temor que fluía desde los pies al corazón. El ritmo cardíaco aceleraba, la respiración se entrecortaba. Los pasillos eran largos y anchos.

Pensaste en tu primer día de clases, cuando tu madre y tu padre te dejaron, pese a tus llantos y abrazos, en la puerta, encargado con la maestra que juraba a tus padres que la tristeza se te pasaría al conocer a otros niños. Delante de ella caminabas, los corredores estaban fríos, las sombras y risas te hicieron temblar. Tenías fe en que tu madre, por lo menos, no te dejaría por mucho tiempo ahí, presentías que llegaría de un momento a otro.

La prisión era mucho más fría que la escuela, aquí las sombras permanecen guardadas bajo llave y las risas quedan mudas en las arrugas y las canas.

El pasillo terminó en dos corredores pequeños, tomaron el de la derecha, te detuviste en una reja, el guardia gritó que abrieran, traspasaron el umbral. Dejaste por unos segundos de ver, no deseabas encontrar sorpresas, los cumpleaños no los soportas recuerda. Tus manos se amorataban y no experimentabas la menor molestia. Pasaste a otro cubículo donde retiraron violentamente las esposas. Te obligaron a quitarte la ropa y a dejar todos tus objetos de valor. No traías demasiadas cosas, reloj, libreta telefónica y dos fotos, una de tu madre y otra de Beatriz. Al acomodar cada objeto en un sobre, atrapaste las fotos y las besaste, la risa de uno de los guardias hizo que abrieras los ojos, que te dieras cuenta que permanecías desnudo. No comprendo por qué cubriste con ambas manos tu pene, tal vez eran muy crudas las miradas de los guardias, o el terror lúgubre que reflejaban las paredes te hacía sentir burlado, acabado, completamente herido, con el orgullo hecho polvo.

Sabías por rumores cómo eran estos lugares. Unos años antes de ingresar, paseabas por la ciudad y decidiste pasar a un café. Sentado contemplabas la taza cuando un hombre —si haces un esfuerzo recordarás su figura— se acercó a tu mesa. Volteaste bruscamente, su aspecto era el de un miserable, el pelo opaco, una ropa vieja, los ojos llorosos, la boca seca y unos brazos que hacían salir los huesos, las callosidades y tatuajes. Pidió de buena gana que le facilitarás dinero, que hacía días había salido de la cárcel y buscaba trabajo, pero por no tener la carta de antecedentes penales, no era aceptado. Lo observaste detenidamente, en su rostro no se intuía la posibilidad de ofrecerte una mueca. Por unos segundos te hiciste el desentendido, el hombre bajó la cabeza y te dio la espalda. Una curiosidad nació muy dentro de ti, un morbo llegó a tu mente, entonces lo llamaste. Lentamente se acercó. Le ofreciste que se sentara en la mesa y que pidiera. Se sentó frente a ti, llamó al mesero, le habló muy quedo y no pudiste escuchar nada. Un ansia diabólica comenzó a rascarte.

—Así que estabas preso, la vida ahí dentro ha de correr tan despacio que se debe sentir la muerte antes de tiempo.

—Sí, parece ser que sí.

—Los minutos han de pasar muy lentos. Se ha de recordar mucho a la familia, imaginando cómo estarán.

—Sólo estuve unos años y familia nunca tuve ni pienso tenerla. Hemos hombres que nacemos para estar bien guardados.

Pero ya que le interesa tanto le diré que los minutos, más que pasar lentos, no importan. Vivimos dentro de otro pueblo, los colores y las formas son diferentes, la cabeza llega a dar tantas vueltas que termina por ser inservible. La gente termina por aburrir, las pláticas desaparecen, se vive en un mundo de silencio, donde parece que muchos ojos te ven y sientes que debes protegerte de ellos, los sientes por todos lados de tu cuerpo, por dentro de la cabeza.

No volviste a preguntar más, tu morbo se convirtió en miedo y deseaste que el hombre se fuera lo más rápido posible.

Junto a los guardias aquella plática se hacía poco real, los ojos eran mucho más grandes y potentes que lo que aquel hombre había dicho. De nuevo sentiste esas ganas de correr pero otro empujón del guardia te lo impidió. Ordenaron que tomaras un pantalón y una camisa, y que te los pusieras. Te vestiste

rápido. Caminaron otro tramo, se enfrentaron a otra reja de donde se veía una serie de pasillos angostos en los cuales unas puertas oxidadas asomaban su pobredumbre, eran unas doscientas celdas, distribuidas en tres pisos. El suelo, las paredes y las escaleras, estaban manchadas por huellas de zapato y escupitajos que habían hecho marca al secarse. La luz entraba forzada a través de las rejillas del techo central, en las celdas bajas la luz aparecía tímida.

Antes de entrar, por la puerta principal a los galerones, preguntaste a uno de los guardias si era permitido tener algunos libros, hojas y plumas para escribir, te contestó que sí, que más tarde te enterarías completamente de las normas y reglas. Las celdas estaban vacías y no se veía ningún hombre. El guardia te informó que estaban en el patio. Cruzaron varias celdas de la planta baja. Se detuvieron.

—Aquí te toca.

—¿Estaré solo?

—No, pronto conocerás a tu compañero. Acomódate, te toca la cama del lado derecho.

Observaste detenidamente todo, recordaste tus crímenes, apostaste a que morirías ahí. "La cama derecha", te sentaste, a eso no se le podía llamar cama. Un colchón que le quedaba chico a tu cuerpo. Una tabla suponía servir de cabecera.

Cerraron la puerta. Con el fuerte sonido del choque de metales, nacieron también las tinieblas. Un olor a cuerpo te provocó náuseas, debiste haber vomitado, pero más asco producía el suponer que permanecerías, quién sabe cuántas horas, junto con el desecho. Te tiraste boca abajo, mordiste el colchón, el sabor a sal hizo que escupieras. Por primera vez no podías huir, los sueños no lograban cruzar las paredes. Todo estaba perdido. No gritaste, ya nadie te escucharía.



Segunda mención (Concurso XXIV, 1991)

LUNA QUE SE QUIEBRA

Eduardo Villegas Guevara*

I

Por esos días el timbre estaba descompuesto. Así que sonó la puerta y, cosa rara, me levanté a la primera de cambios. No dejé que insistieran más de tres veces. De lo contrario no hubiera abierto la puerta con tanta prisa y mi humor hubiera sido otro. Mi sueño, en esa ocasión, era muy ligero. Abrí la puerta y ni siquiera pregunté quién era la persona que me daba los buenos días y ya le estaba pidiendo que dejara de molestarme. Argumenté que apenas serían las cuatro o cinco de la mañana. Estaba a punto de decir otras cosas cuando escuché que sus palabras sonaban parecidas a una melodía: "Por eso mismo, cariño; hace bastante tiempo que amaneció".

Hasta entonces no sabía con quién estaba hablando, pero luego la figura pasó a ser "nadamás y nadamenos" que Surya. Comprendí el hechizo de la voz. Para ella siempre he dejado abierto mi corazón y todo el caudal de buenos sentimientos que se puedan tener por una mujer. ¡Imagínense si seré capaz de cerrarle la puerta! La voz sabía del dominio que ejercía sobre mí. Si no me das los buenos días, cuando menos ofrécame un cigarro. No sólo le invité el cigarro. Estuve a punto de arrancarme la piel para que entrara al departamento pisando sobre ella.

Nunca pude preguntarle nada a Surya. En su carácter está no permitirlo. Ella podía andar sola a las tres o cuatro de la mañana por la ciudad y cubierta únicamente con un abrigo. Y yo lo tomaría como algo natural. Pasó al interior y disminuyó mi aturdimiento. Me dirigí a la cama para ofrecerle la cajetilla de cigarrillos que siempre tengo en la cabecera por si algún insomnio ataca de improviso. Ella se dirigió al bastidor. Dejó encima un envoltorio al que no le di importancia. Aun ahora y después de todo lo que pasó apenas recuerdo.

Surya se sentó en el banco y apoyó un pie en el travesaño. Su rodilla derecha quedó levantada. Cuando me acerqué para ofrecerle el cigarrillo, la parte inter-

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

na de su muslo atrajo mi mirada. ¡Era un buen modelo de abrigo! Se abría lo suficiente para mostrar una pierna tan bella como la de Surya.

Tomó el cigarro y se lo encendió. Exhaló el humo y enseguida esbozó una sonrisa. No dejó de mirarme a la cara. Adiviné las palabras que escucharía en cuanto la sonrisa de Surya concluyera: Eres un pícaro, dormilón. En efecto, si hubiera dicho cualquier otra cosa o si hubiera permanecido callada, hubiera dudado de la que estaba en mi departamento. Pero lo dijo y ya no cabían sospechas: era la única y verdadera Surya que conocía. Ella siguió fumando. Regresé a la cama. La observé un buen rato en silencio y sin hacer nada.

¿A qué no sabes a qué he venido? Hizo la pregunta antes de terminar su cigarro. Yo también pensaba aclarar el motivo de su visita. Pero traté de aparentar fastidio. Me imagino que a desvelarme, le contesté.

Aparte, apagó la colilla del cigarro contra un estuche de pinturas. En ese caso, dije yo, no tengo ninguna idea sobre tu visita. ¡Qué bueno! ¡Qué buena suerte! —exclamó—. En el arte no hay nada como la sorpresa: la sorpresa y la imaginación son las alas que llevan a las obras a la eternidad o, si lo prefieres, al clasicismo. ¡Ja!, exclamé y pregunté: ¿dónde aprendiste eso? No sé, alguien me iluminó, de seguro. La metí en un aprieto, pues sin lugar a dudas era una frase aprendida de memoria. Nunca le concedí que pudiera iluminarme. No la creí capaz de hacer frases. Y eran no sólo hermosas sino también ciertas. Ella también desconocía esas cualidades. Detuve mis preguntas porque quizá después de sus respuestas, consideré que se marcharía. Pero no quería que su presencia fuera falsa. Con cierto dolor en el alma, la interrogué. ¿Por qué has venido? Bueno, recordé que siempre has querido pintar una obra maestra. Un cuadro que dejara satisfechos tus impulsos creativos. No querías que la gente reconociera tus alcances estéticos. Deseabas satisfacer tus impulsos creativos en un cuadro. Una vez me platicaste algo de eso, ¿recuerdas? Tenía buena memoria. No recordaba la totalidad de mis palabras, pero lograba retener las ideas, los sentimientos. Me aclaraba todo aquello que acompaña a las palabras nacidas impotentes y que siempre ocultan el fondo del alma. Surya conocía mi alma, había buceado en mi interior y daba gusto saber que alguien (un ser realmente especial), había escuchado con atención mis pláticas. Sigue siendo una de mis metas —le dije—: cómo olvidar lo que uno necesita.

Aquí estoy. Al decirlo se puso de pie. Con las manos dentro de las bolsas del abrigo. He venido a que me pintes, cosa que siempre quisiste hacer. Hablaba con sinceridad. No parecía tener otro interés su presencia en mi departamento. Desde que nos conocimos me pedías que posara para ti. Y en mi mente la cara pecosa y las nalgas bonitas de Surya, los dientes blanquísimos y los besos inolvidables en aquellos años. Claro, Surya, pero como sólo aceptaste que hiciera unos retratos perdiste la oportunidad. Me bloqueaste. Ni siquiera pude realizar un sólo boceto sobre tu cuerpo. Deseaba saber si eras capaz de aprehender mi rostro, si lo lograbas podrías captar todo lo demás. Pero no pude, te acuerdas. Al principio los trazos evocaban tu figura. Después sólo había líneas y rayones en el papel, como si te fueras diluyendo entre mis dedos torpes y el carboncillo. ¿Y sabes por qué, Surya? Alzó los hombros para no contestar mi pregunta. Porque en realidad no quería dibujarte. Te lo confieso ahora. Quería que te desnudaras pa-

ra ver si después pasábamos a otra cosa. Yo también me enamoré de la chica guapa de la escuela. Todo aquello lo hice pensando que se daría un encuentro entre nuestros cuerpos.

Ésa era la verdad, Surya, por eso no hubo más que bocetos, sólo se trató de allanar el camino hacia tu sexo. Cuando pronuncié la palabra sexo, mi cerebro la captó completa. Entonces me di cuenta de que había sido muy duro al decirlo. Pero yo creía que mis palabras eran verdaderas. Más adelante descubriría que no era cierto. Esa madrugada Surya me adivirtió que eran mentiras.

No te esfuerces en creerlo, me contestó Surya con voz tranquila y sin ningún tipo de resentimiento o afecto en su voz. Tú sabes que no es cierto lo que dices. Ahora que menciono su voz, debo señalar que Surya emite las palabras con tibieza, con la temperatura de su cuerpo. No me esfuerzo para nada, Surya, simplemente es lo que creo. Bueno, está bien; eso es lo que tú crees, si te pones en el papel de pintor fracasado, pero no es lo que realmente sientes. Hizo una pausa y aunque no había ningún énfasis en sus palabras yo sabía que estaba hablando con intensidad. Escucha al otro. Al pintor que quiere triunfar. Entonces sentirás la necesidad de pintarme. Ante esta forma de enfrentarme conmigo mismo que tenía Surya, no cabía defensa. Acepté la verdad. Está bien, yo no puedo conocer a fondo mis sentimientos, pero los pliegos de papel desperdiciado, creo que fueron muy elocuentes. Los tiré fastidiado porque no pude realizar ni una caricatura. Sólo producía rayas y más rayas.

Cada vez me sentía más agresivo con mis palabras y culpaba de mi actitud al desvelo. Nunca he deseado herir a Surya. Traté de disculparme explicándole que tenía demasiado sueño. Surya no se sentía lastimada. Fue junto a la cama y se sentó a mi lado. Acarició mi cabeza con una mano y con la otra me llevó hacia su pecho. Hablaba pero no le entendía muy bien. Sus palabras me llegaban como un murmullo.

Eres un tonto, cariño, pero te quiero. Siempre nos hemos querido porque nos entregamos lo mejor y también lo peor que tenemos. Su pecho (los movimientos de su cuerpo eran toda la calma de un mar de carne) se mecía con una paz desconocida y me advertía de una furia enloquecedora. Me dejé querer. Pegué los labios en el borde de sus senos y sentí las llamas que se levantaban.

La voz de Surya llegaba como de muy lejos. Su voz se aclaró. Nunca fueron desperdiciadas, dijo refiriéndose a las hojas. Simplemente sirvieron para advertirnos que tus dedos y toda tu mano era incapaz de trasladar algo de mi ser a la tela. Pero el tiempo ha pasado. Por tus venas corre otra sangre. Hizo una pausa y sintió mi pesada respiración. La que ahora está hirviendo. Siguió escuchando mis reacciones. Tu corazón late ya con suficiente fuerza para que puedas pintarme. Por eso he venido tal y como soy. Mis labios se abrieron y apenas alcancé a decir que lo intentaría. Después salió mi lengua ávida de su carne. Lamí el borde de sus senos un instante. Después Surya se puso de pie. Sin brusquedad, pues entre nosotros todo era correcto. Fue al banco que se encontraba frente al bastidor. Se desabrochó el abrigo. Echó los brazos hacia atrás y el abrigo cayó con lentitud. No traía ninguna otra prenda. Su cuerpo quedó plenamente desnudo. Quizá estorben los aretes, dijo y al momento se los quitó. Me tienes que ver tal y como soy. Así que no debo traer nada encima. Ya estoy lista, —dijo desde

su desnudez—: puedes pintarme cuando quieras. Extendió los brazos en signo de oferta. Caminó hasta la cama. Entrelacé una de sus manos y la acosté a mi lado. Gracias por venir, le dije; mañana empezamos. No podía faltar —musitó e introdujo la punta de la lengua en mi oreja—: hace mucho tiempo que me invitaste. Me gustaría que empezaras en este momento. Fue lo último que le escuché con claridad, porque el sueño comenzaba a vencerme. Cosa que es difícil de creer, teniendo a una mujer como Surya.

El tiempo no se acaba, Surya; ya lo verás. Eso ya lo sé. El tiempo siempre dura, pero ¿nosotros? en cuanto a eso no estoy tan seguro de saberlo. A mí sólo me importa el tiempo que pueda permanecer en tus ojos y no la permanencia en el mundo. Creo que nosotros —le dije con mucha confianza— contaremos con suficiente tiempo para amarnos. El tiempo de más será innecesario. Hasta mañana —le dije con un beso cercano a los labios—. Hasta ahora mismo, me contestó. Luego se dio media vuelta y quedó de costado. Su espalda estaba fría, pues venía llegando de la noche helada que estaba afuera. Cubierta sólo con un abrigo. Me acerqué a su cuerpo. De sus nalgas carnosas se extendió el calorcito sobre mi vientre. La vida —me dije antes de quedarme profundamente dormido— es la presencia de la tibieza en los cuerpos: lo demás ni siquiera es la nada. Pero estaba pensando estupideces. Sonreí como burlándome de mi propio entre-sueño y apenas escuché que Surya me decía: Abrázame, por favor, abrázame. Hice el intento, no sé si lo logre.

II

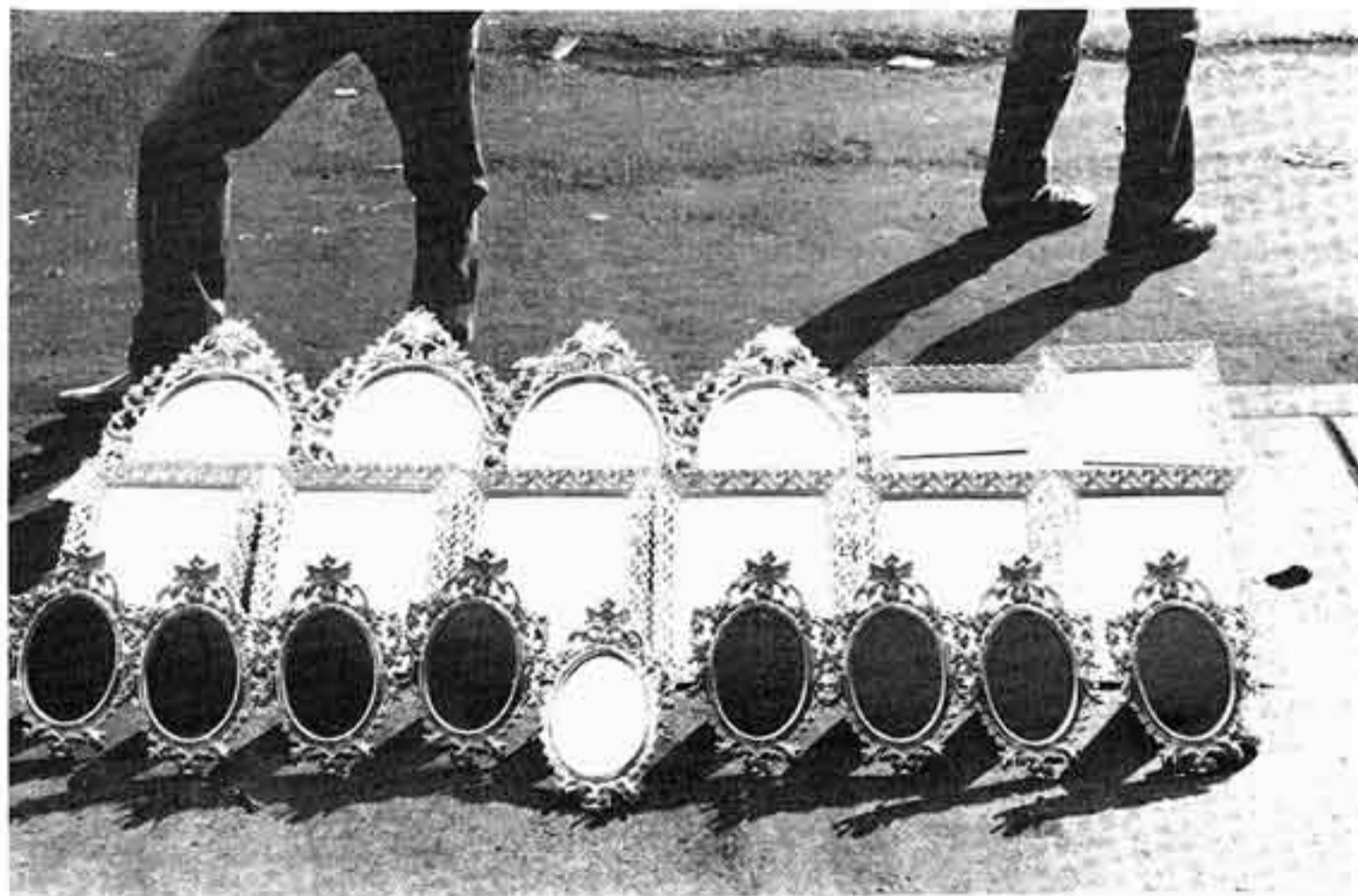
Estaba solo en la cama cuando desperté. Entonces me dije que lo soñado era una cosa muy bonita. Escuché la caída del agua de la regadera. Alguien se estaba bañando. Pensé inmediatamente en Surya, deseando que el sueño se hiciera un pedacito de felicidad. Salió del baño vestida con un pantalón. Se estaba abrochando la camisa en el marco de la puerta. Se veía esplendorosa. Esto no lo digo porque las prendas fueran de mi propiedad. No había una sola gota de pintura en su rostro. Su juventud llenaba toda la mezclilla y, en algunas partes, se desbordaba. La camisa a cuadros resaltaba sus pechos, firmes y libres. Se dejó admirar un momento. Después sus palabras inundaron mis oídos: voy al mercado, dormilón. Aprovecha mi ausencia para bañarte. Peinó sus cabellos. Los retocó luego con las manos para terminar su peinado.

Ahorita regreso, explicó mientras se acercaba. Puso su frente pidiéndome un beso como buenos días. Yo no dije nada. La frescura de su cuerpo me aturdió. Toma, ponlo donde estaba, agregó entregándome el cepillo. Enseguida se dirigió a la puerta. Tomé algo de tu guardarropa. A cambio puedes ponerte mi abrigo. Ya no esperó respuesta. Abrió la puerta. Me dijo adiós con su mano de la manera más coqueta que es posible. Salió. A pesar de la puerta cerrada, la imagen de su trasero perduró en mi mente. Estuve a punto de gritar. Me contuve. Esbo-

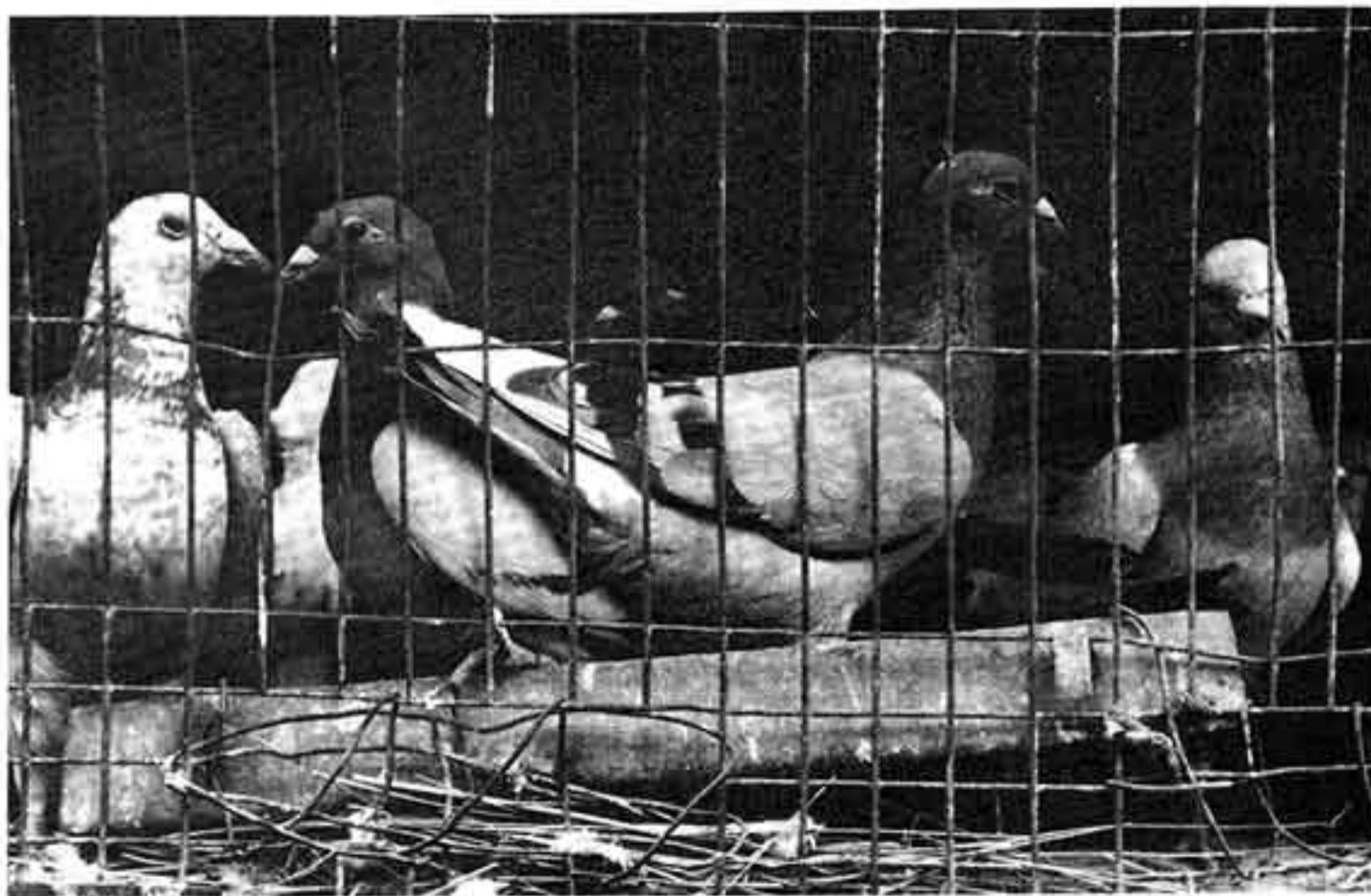
Fotografía

Segunda mención

Joel Isaac Martínez Becerril



Espejos



Jaula palomar

cé una sonrisa al ver que no había sido un sueño. Me levanté para bañarme. Contento, por primera vez, con la realidad.

Cuando regresó ya me encontraba vestido. Trajo varias bolsas de mandado. Durante el tiempo que estuvo conmigo nunca quiso ir a ningún restaurante. Había traído, según ella, suficiente abasto como para soportar una guerra civil encerrados en el departamento. Antes de dejar las cosas sobre el bastidor me pidió disculpas pues pensaba utilizarlo como mesa.

Es una lástima que no tengas delantal, pero, a pesar de estas carencias, estoy dispuesta a convencerte de que soy una excelente cocinera. Surya se jactó de ser una cocinera de fama mundial, a pesar de sus tres únicas recetas: huevos con algo, emparedados múltiples y sopas de lata.

Bueno, manos a la obra, porque se nos acaba el tiempo para nuestra sesión de pintura. Entró a la cocina. Desde ahí comenzó a pedirme todo lo que le hacía falta para preparar el desayuno. Cuando le pasé lo necesario me corrió de la cocina. No quería que descubriera los secretos. Me mandó a la cama, que, desde entonces se convirtió en nuestro comedor. No tardó en salir. Quedé boquiabierto al ver su desnudez en el marco de la puerta, con un plato desechable en cada mano.

Pues se puso cómoda para trabajar. La camisa y el pantalón quedaron en el suelo de la cocina. Se vistió con un pantalón corto que tenía en el guardarropa. Caramba —dije yo golpeándome los muslos al ver la presentación de los emparedados—; se ven deliciosos. Ahora que los pruebes, veras que están mejor de lo que se ven. Se acomodó en el borde de la cama. Ojalá no te remuerda la conciencia cuando me dé una pulmonía por no tener delantal. Ah, espérate —dejó los platos y se puso de pie—, faltan los refrescos.

Fue al bastidor y de una bolsa sacó unos refrescos desechables. Espero que no te gusten las cervezas en el desayuno, porque traje cocas. Pero dime ¿dónde está el destapador? En la cocina —dije yo— y no te preocupes; con los refrescos está completa mi dieta. Ah, qué bueno, —exclamó Surya y se dirigió a la cocina.

Estaba muy a gusto. Para sentirme feliz sólo faltaba darle la primera mordida al emparedado que Surya preparó. Lo miré y la boca se me hizo agua. Después le estampé la primera mordida.

III

En relación a Surya —a los días que pasamos juntos— recuerdo muy bien las cartas que Van Gogh le enviara a Theo. Donde relata las fiebres creativas que tenía después de algún tiempo sin pintar. Si quisiera ponerme a su lado sería una comparación muy triste; las fiebres que yo sufría eran de incapacidad. Sin embargo como nunca me esforcé por dibujar a Surya. Comencé con la idea de captar su cuerpo. Hice varios esbozos sobre algunas de sus partes: de costado, boca

abajo, o en otras posiciones pero no lograba captar una imagen completa. Algo que tuviera la más mínima relación con Surya.

La carne de Surya me enloquecía cada vez que la observaba. La forma que tenía de permanecer en la cama y el desarreglo de las sábanas extendían una atenta invitación. Siempre opté por besarle un hombro. Después deslizaba mi lengua por su columna vertebral. Sus alrededores respondían con un sublime calosfrío. Los ojos de Surya se abrían para mirarme y me sugerían que entrara en ella. Sus brazos me sujetaban. Lo hacían, casi sin tocarme, pero yo sabía que era imposible escapar.

También es difícil hablar de las hojas llenas de rayas que arrugué y arrojé en un rincón. El lápiz se me caía o de plano lo depositaba en la mesa de trabajo. Lleno de pasión, y al mismo tiempo desesperado, me acercaba al lecho de Surya. Un momento después Surya —gritando exageradamente— intentaba clavarme las uñas en brazos y muslos. Trataba de saber si le respondería. Nunca le fallé.

Reposábamos durante el resto de la tarde. A veces me ganaba el sueño. Surya, después de ducharse, me movía un hombro para despertarme. Enseguida me invitaba a disfrutar su especialidad como cocinera. Tres días después los emparedados se habían convertido en bocadillos exquisitos.

Ya con el estómago lleno y el corazón contento. Comenzaba la noche de respiraciones suaves, de labios sensibles y aterciopelados que se hinchaban hasta doler. El poderío de nuestros cuerpos quedaba latente en los moretones y las magulladuras. Había momentos peligrosos: las capas de humedad cristalina que se desprendían de su sexo sobre la palma de mi mano o un pedazo de mi oreja corriendo peligro de quedarse entre sus dientes. La falta de palabras me señalaba la nueva ocasión para internarme. Mientras trataba de partirla en dos con mis frenéticas arremetidas, su aliento agradecido caía dentro de mi boca al llegar el primer orgasmo. Después nos dábamos las gracias con un trago de saliva que contenía toda la miel del universo.

En la mañana eran los cuerpos cansados y el sol hiriente sobre los ojos. Las sábanas arrugadas. La flojera o el abandono de Surya. Las interminables pláticas que sólo interrumpíamos por el calor o cuando de plano el hambre nos hacía levantarnos.

Incapaz de dibujar el cuerpo entero de Surya (ni algunas partes porque su piel me ponía caliente) opté por concentrarme en su rostro. Despierto me parecía de una picardía fuera de serie. Dormido siempre lo consideré más interesante. Sin embargo los pómulos que trazaba, los ojos o la boca, la frente o algún otro detalle, establecían una distancia muy grande entre Surya y el dibujo. Tenían los volúmenes, faltaba la textura. No sabía cómo expresar su carne, su tibieza, pero ahora —en esta distancia establecida por el dolor y por el tiempo— comprendo qué era lo que faltaba para que mis trazos tuvieran relación con Surya.

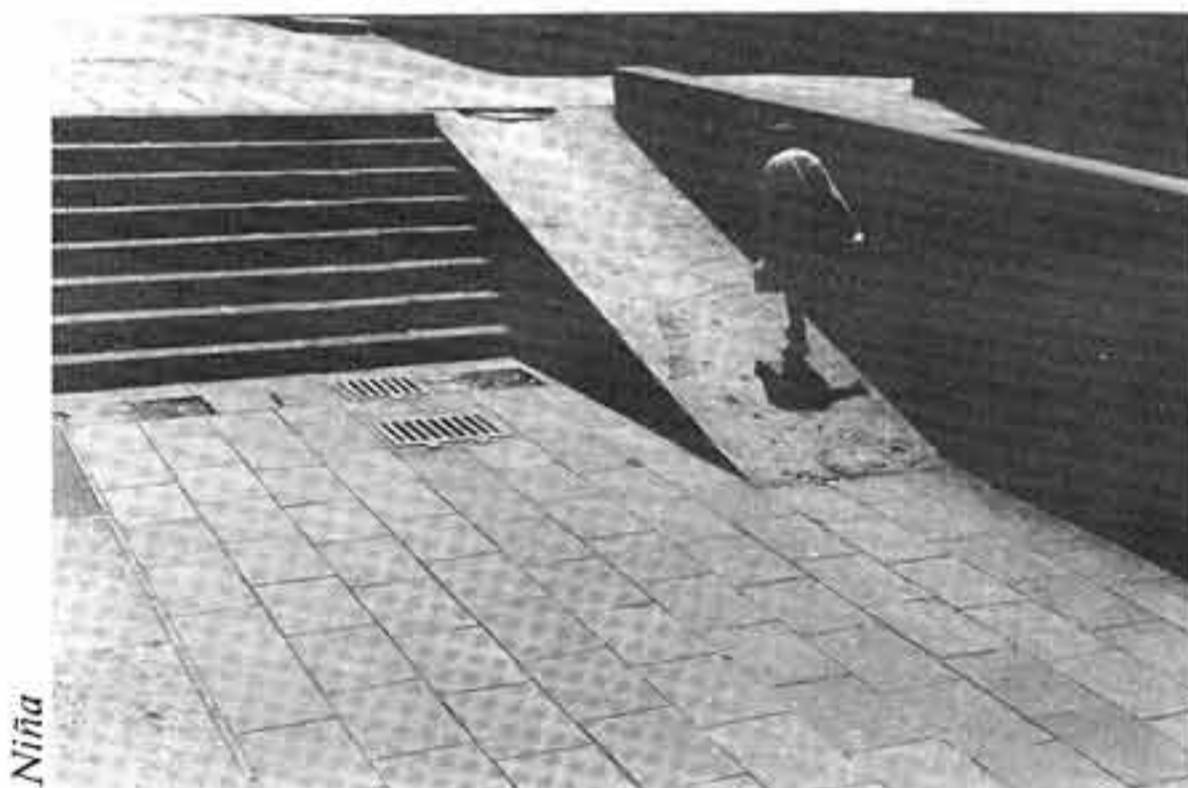
Sin embargo los dibujos de su rostro dormido eran los que más me satisfacían. El primer boceto —sencillo porque las líneas no eran pretenciosas— fue el que me dejó más complacido. A partir del segundo dibujo —quizá debido al esfuerzo— comenzaron los problemas. Cada trabajo que vino a continuación se alejaba de Surya. Los últimos los juzgué deplorables. Al día siguiente le ponía más ganas, pero seguía retrocediendo atrozmente. Convencido de mi falta de ta-

lento quebré el lápiz en dos partes y aventé el montón de hojas sobre el bastidor. Eran momentos desesperantes. Afortunadamente los brazos de Surya me consolaban de tanta incapacidad. Las hojas desperdiciadas se equiparaban a los orgasmos obtenidos.

Con el transcurso del tiempo, esta especie de dulzura y frustración pasó. Después los días dejaron de ser iguales y se llenaron de silencio. Yo permanecía en cama. Surya se vestía con los pantalones de mezclilla y la camisa a cuadros y salía a caminar. Comenzó por echarle un vistazo a la colonia. Supo de sus cuadras, sus calles y los negocios. Cuando dominó este territorio buscó los parques vecinos. Se introducía a los cinematógrafos. No creo que lo hiciera para ver las películas, pienso que lo hacía para disolverse en la oscuridad. Siempre regresaba cuando las tardes desaparecían ante la oscuridad de la noche. Nunca quiso ser acompañada. Tampoco quiso decir a qué sitios se dirigía, ni a qué horas pensaba regresar. No te preocupes y regreso pronto eran sus respuestas.

Una tarde intenté seguirla, pero consideré injusto ir tras sus huellas como si fuera un delincuente. Abandoné la persecución dos cuadras adelante. La esperé afuera del edificio hasta que volvió. Caminaba tranquilamente por la calle. Sus cabellos dominados por el viento. Las manos dentro de las bolsas del pantalón. Parecía estar triste. Se acercó y vi que en sus ojos estaba un par de lágrimas a punto de caer. No cayeron porque Surya siempre consideró inútil llorar.

Aunque volviera a casa, estaba a punto de marcharse y nada podía hacer por evitarlo. No le mencioné nada de mis pensamientos. En el fondo era una persona muy atormentada, por algún dolor o una desesperanza muy profunda. No quise hacerle conciencia de lo que estaba sucediendo. Sin lugar a dudas ella lo sabía/sentía mejor que yo, pero Surya tenía una gran capacidad para hacerlo a un lado. En cuanto me le acercaba irradiaba fortaleza y sus demás encantos. Sin

*Niña*

embargo, algo tenía que hacer o de lo contrario, Surya se alejaría, se iría de la misma manera en que llegó a mi departamento: sorpresivamente. Abandoné los bocetos y el sexo a todas horas. Comenzaron los viajes a los pueblos cercanos, las asoleadas en alguna playa y los balnearios con aguas termales.

La incertidumbre de que Surya se alejara de mi vida desapareció. La falta de creatividad se transformó, mínimo, en una gran confianza para pintar. Las posibilidades y los proyectos surgían como por arte de magia. Todo este cambio gracias a la presencia de Surya. Sus ojos no sólo contaban con una bella mirada, sino que eran capaces de observar formas y colores. Me pedía, algunas veces, pintar las nubes rojizas del atardecer. Las tonalidades que señalaba eran para tomarse en cuenta. Sugería que las pinturas despidieran colores y sonidos. Quería posar al lado de seres extraños como los del Bosco, a los que consideraba sus hermanos. Incluso consideraba a una de esas figuras como hijo adoptivo.

A todo esto Surya tenía predilección por una obra de Dalí. Era una estampa pequeña que reproducía la imagen de una jirafa en llamas, en un cuadro de madera. La observaba con gran atención, sumida en pensamientos inimaginables para quien la viera. En una ocasión se lo comenté.

— Surya, tú tienes algo de esas mujeres.

— ¿Cuáles mujeres? —preguntó. Pensé, entonces, que el cuadro en sus manos era sólo un pretexto para quedarse callada, pero que la imagen nunca le interesó.

— Las mujeres a punto de caer que pintó Dalí.

— Ah, éstas —dijo observando la reproducción.

— Sí, esas meras. ¿No las habías visto?

— No. Además no son mujeres, ni siquiera llegan a ser maniquís.

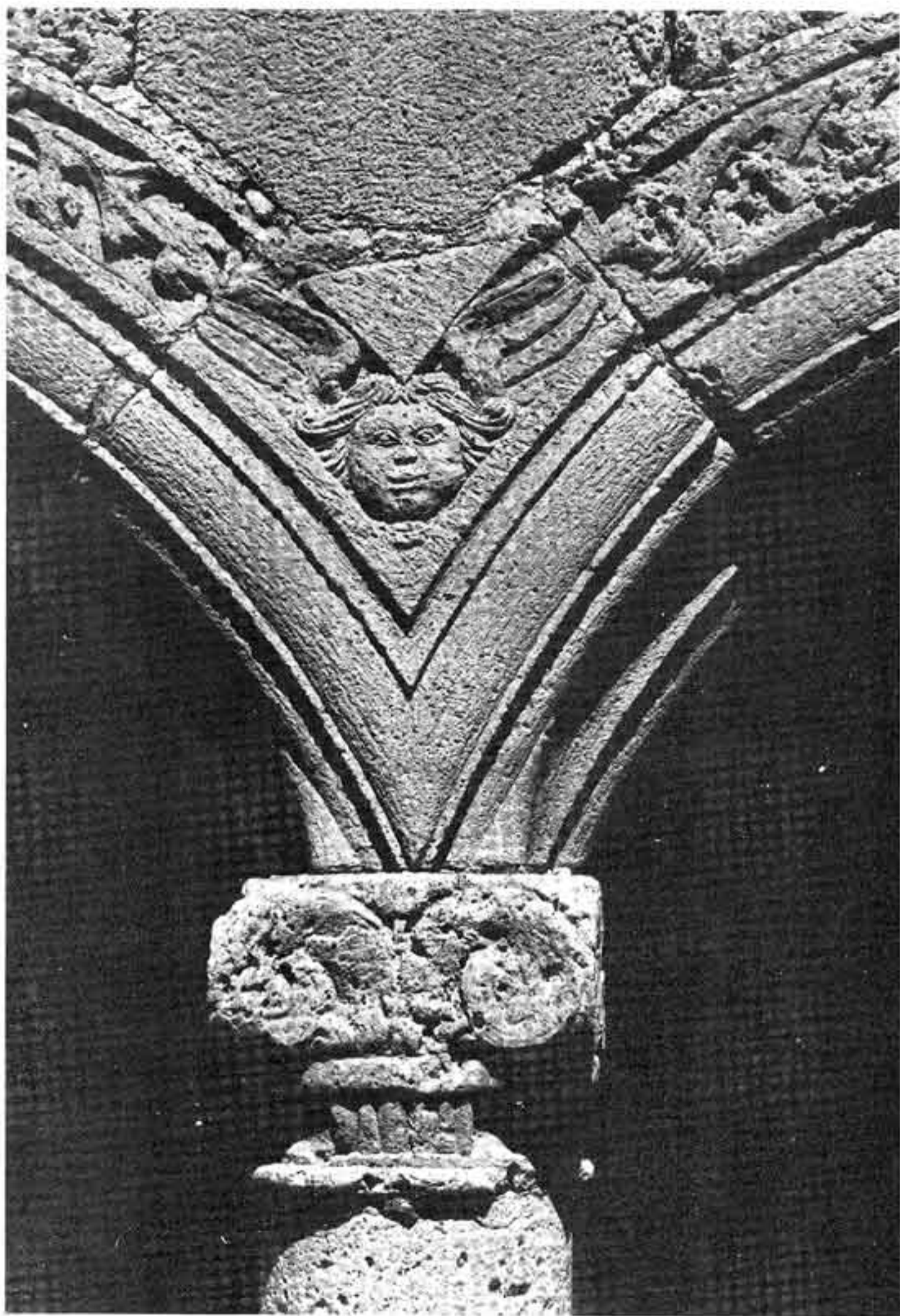
— Pero se parecen a ti. Pienso que tienes el alma a punto de caerse.

— No, mi alma no tiene que ver con esas figuras. Con ésta sí.

Me acerqué para ver qué señalaba el dedo de Surya. En el fondo del cuadro, en un extremo, vi a una pequeña jirafa en llamas, cuyo fuego parecía comenzar a incendiarle el lomo.

Nunca pude platicar con Surya sobre qué parecido había entre ella y la jirafa en llamas; pero no sólo se miraban, se entendían. También se hablaban, se olían y, seguramente, muchas otras cosas más. Todo esto sin palabras, sin esfuerzos físicos. Surya trataba de extraer la jirafa de la tela para llevársela a caminar por estas calles más desoladas que el paisaje que pintó Dalí.

Mi pensamiento evoca a Surya y la veo; con los ojos cerrados, quizá dormitando, con la pequeña jirafa de la reproducción de Dalí entre sus piernas, casi encima de su sexo. Las piernas abiertas y extendidas sobre la cama. Los brazos caídos al costado, pero sujetando el cuadro con fuerzas. El cabello suelto y la cabeza abandonada sobre los hombros. Toda ella recargada sobre la pared. Esta actitud era inherente a la personalidad de Surya, pero me mortificaba su abandono. ¿Qué pasa, nena? le preguntaba cuando la veía llena de silencio. No te preocupes, cariño, estoy bien, era su respuesta. Con los besos y las caricias tibias, no podía negar que todo estuviera bien. Sin embargo algo en ella no lo estaba y tampoco lo nuestro podía seguir igual. Así fue. Pronto nuestra situación cambió.



Angelito